



## REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

CON CENSURA Y APROBACIÓN ECLESIASTICA

Se publica los días 1 y 15 de cada mes

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACION: Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, n.º 5, Barcelona

### PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

En España é islas adyacentes, Portugal, Cuba y Puerto-Rico. . . . . 14 ptas. al año.  
En los demás puntos de América, y las islas Filipinas y el Extranjero. . . . . 20 id. id.  
**Advertencia.**—Los señores Corresponsales fijarán los precios en los puntos donde el cambio sobre Europa haya sufrido notable alteración.

### ADVERTENCIAS

No se admiten subscripciones por menos de un semestre en España y Portugal y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando por Enero ó por Julio.  
No se atenderá subscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo sencillo y seguro.  
Los números sueltos se venden á 75 céntimos.  
Se insertarán anuncios á 25 céntimos la línea.

## SUMARIO

### TEXTO

**CORRESPONDENCIA.**—*China*: I, La persecución. II, Situación política.  
*Pe-tcheli Septentrional*: Ataque y saqueo de la residencia de Pé-Koan.—Feliz desenlace.  
*Pondichery*: Hambre y conversiones.  
*Asunción de Paraguay*: Los indios chamacocos.  
**UN RECUERDO Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.**  
**RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKÍN.** VI, Progresos de la fe.—Nuevas persecuciones.  
**EN LOS RÍOS DE MONDA.**—XIV, La Misa en la aldea.—Incidentes y reflexiones.—XV, Tocado y cocina en país negro.  
**DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NÍGER.**—II, De Rhergo á Ansongo.—Entre los tuaregs (*continuación*).  
**BOSQUEJO HISTÓRICO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LA PROVINCIA DE SANTA FE.**—Templo de San Javier.—XX, Reducción de San Martín.

**CRÓNICA.**—Filipinas.—Noticias varias.

**VARIEDADES.**—En nuestra partida del Escorial para las Misiones de Filipinas (poesía).

**SUBSCRIPCIÓN EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE.**

**CUBIERTA.**—Lea, ó la cruz triunfante (*continuación*).

### GRABADOS

**SUDÁN FRANCÉS.**—Súbditos de Idris. Campos inundados al Este de Tombuctu.

**EL DÍA DE DIFUNTOS.**

**JOVEN BOULO.**

**GUISO INDÍGENA.**

**SAN CARLOS BORROMEIO.**

**ITALIA.**—Claustro ó galería del célebre cementerio de Pisa.

**ADORNOS QUE USAN LAS MUJERES EN EVORE-D' HULE.**



# LEA O LA CRUZ TRIUNFANTE

por MATILDE BOURDON

(Continuación)

—Quiera el Señor, repuso Crispo, que salga yo de las aguas bautismales convertido en un cristiano verdadero, en un cristiano perfecto. Al presente soy catecúmeno, y deseo recibir el agua santa que lava nuestros pecados.

—¿Cuándo será, continuó diciendo la Emperatriz mientras acariciaba los cabellos de Lea, cuándo será que esta cabeza se incline bajo el yugo de Cristo? Cuando llevaremos al redil una nueva oveja?

—Admiro vuestras leyes y vuestra doctrina, dijo Lea con tristeza, y sin embargo, no puedo sujetarme á ellas. Paréceme que los que me dieron el ser me lo prohíben.

—No lo creáis, dijo Crispo, estad segura de que si vuestros abuelos han encontrado gracia en el Señor, desean con ardor que abracéis la verdad; lo desean vuestros amigos, y darían su vida para iluminaros y salvaros.

El joven Príncipe pronunció estas palabras en voz baja. Lea se sonroseó, y sus ojos se fijaron en Constancia, que añadió con ternura:

—Crispo ha hablado también en nombre nuestro.

Cuando ambas jóvenes quedaron solas, Constancia dijo:

—Lea, habéis tocado un punto para mí doloroso: no me cabe dada del odio de Fausta contra mi hermano: tiene amigos, parciales numerosos, y todo lo temo de ella y de los que la secundan.

—Y ¿qué puede contra vuestro hermano? El Emperador le ama, el pueblo le idolatra; está ya asociado al imperio, y se ha cubierto de gloria en la guerra contra Licinio: ¿quién se atrevería a tocar una cabeza que protegen tantos laureles?

—¿Quién? los Pisones de la corte imperial, los que envenenaron á Germánico, los que abreviaron la vida de Británico, los que tal vez hirieron á Marco-Aurelio por mandato de Commodo, los cortesanos, funesto aguijón que estimula las pasiones de los reyes! Nosotras dos

vivimos retiradas; mi salud dedicada y mis hábitos de retiro me tienen apartada de Fausta; y vos no conocéis la numerosa corte que la rodea. Antiguos amigos de su padre, ejecutores de sus crueles voluntades, paganos convertidos únicamente por ambición, discípulos de los sectarios que se levantan en Oriente contra la Iglesia de Cristo; tales son los amigos de Fausta, y los enemigos de mi hermano. Su poder les estorba, y temen su cristiana fidelidad.

—Pues ¿qué oponer á tantos peligros?

—La oración.

—¿Por qué no advertís al Emperador?

—El Emperador ama á Fausta; la cree en todo; acaso ¡ay! haríamos odioso á Crispo sin salvarle... No, debemos rogar al que libró á los jóvenes hebreos del fuego del horno, al que condujo á David á través de mil lazos y asechanzas hasta el trono de Israel. Intereso en mis súplicas á la bienaventurada virgen Inés, y hago resolución de visitar su sepulcro.

—¿En dónde descansa?

—En la catacumba de la vía Nomentana.

—Os acompañaré, si me lo permitís, dijo Lea con tímido acento,

Abrazóla Constancia y díjole:

—Junto á las cenizas de los Mártires, hermana mía, ¿no se moverá vuestro corazón, y no diréis al Dios que no conocéis: Salvad á Crispo, iluminadme?

## XII

### LAS CATACUMBAS

Lea acompañó á su amiga al cementerio de los cristianos con cierto sentimiento de horror, que no podían templar aún el respeto ni la esperanza. Las oscuras imágenes de los poetas paganos, la laguna Estigia de negras aguas, el Tártaro profundo, las tinieblas infernales, las crueles Euménidas, Sisifo, Tántalo, Ixión, sombras fatales entregadas á los tormentos, todo esto se representaba á su imaginación mientras bajaba, al resplandor de las antorchas, la tor-



## CORRESPONDENCIA

## CHINA

## I

*La persecución*

Hace varios días que los periódicos anuncian una violenta persecución en Su-Tchuen y en Kouang-tong contra misioneros, neófitos y establecimientos católicos. Habiendo escrito pidiendo detalles á los reverendos Directores del Seminario de Misiones Extranjeras de París, el P. Hinard en su nombre envía la siguiente contestación que por las interesantísimas noticias de palpitante actualidad que contiene nos apresuramos á publicar,

24 Octubre.—CATÓLICOS ROBADOS, MUERTOS, AL GRI-  
TO DE «¡MUERAN LOS FRANCESES!» DIEZ MIL FUGITIVOS.  
† Chouvellón.

El día 30 de Agosto el P. Blettery, venerable pro-  
vicario del Su-Tchuen Oriental, escribió al P. Cottin,  
director del Seminario de Misiones Extranjeras, una  
carta de la cual extractamos los siguientes párrafos:

«El mal es ya muy grande, pero amenaza ser mucho  
mayor. En la subprefecturas de Ta-tsous todas las re-  
sidencias de cristianos han sido robadas. En esta época  
del año es cuando los cristianos recolectan la cosecha  
de arroz, y hoy deben contemplar como los cosecheros  
del fruto de sus trabajos son los ladrones. Sumidos en



SUDÁN FRANCÉS.—Súbditos de Idris. (Pág. 501)

París, Octubre 1898.

TENGO el honor de remitir copia de los telegramas  
del Ilmo. Chouvellón, vicario apostólico del Su-  
Tchuen Oriental, recibidos hace un mes, y de los  
cuales hasta la fecha nadie tiene noticia. Dicen así:

29 Septiembre.—GRANDE PERSECUCIÓN MISIONES.  
† Chouvellón.

8 Octubre.—MITAD RESIDENCIAS DESTRUIDAS.  
† Chouvellón.

10 Octubre.—SI EL GOBIERNO NO NOS AUXILIA PERE-  
CERÁ TODA LA MISIÓN.

† Chouvellón.

Año VI.—Número 141

la más completa miseria quedan, pues, todos los cristia-  
nos de esta prefectura, sin el menor recurso para pasar  
un largo año.

«Cuanto sucede en Ta-tsous debe repetirse de idé-  
ntica manera en las subprefecturas de lun-Tchang,  
lun-Tchouan, Pi-Chan, etc., si no fracasa el plan con-  
cebido por los ladrones, que por todas partes envían  
mensajeros que preparen el terreno sembrando terror.  
Dicen que sólo serán sus víctimas los cristianos y los  
extranjeros, pero luego añaden: Serán tenidos como  
cristianos todos cuantos les presten auxilio. Ello es  
causa de que todo el mundo tema para sí y reste quieto  
en sus casas.

«Acércanse á paso de gigante una revolución y pilla-  
je generales. El arroz robado será consumido en bre-

4 de Noviembre de 1898



ve tiempo, y entonces irán á buscarlo en los graneros de los paganos. Los fumadores de opio quieren comer y beber bien: preciso es, pues, tratarles á cuerpo de rey, y el *lu-man-tse* (jefe de los ladrones), cansado de esta gente que constituye un estorbo, la echará lejos de sí, y acto seguido...?

«Descrito en breves palabras, este es el estado actual de la Misión, estado crítico y lleno de graves y muy fundados temores para no lejano porvenir.

«BLETTERY, *provic.*»

¡Ah! los temores de que nos habla el reverendo Provicario en la carta anterior se han realizado: la Misión del Su-Tchuen Oriental resta en la actualidad poco menos que destruida.

Al dar á conocer á nuestros lectores tan dolorosas nuevas, cuyos detalles esperamos recibir en el próximo correo, deber nuestro es suplicarles atiendan con oraciones y limosnas á la desgraciada Misión del ilustrísimo Chouvellón: la del Su-Tchuen Oriental.

El miércoles 25 de Octubre en el Seminario de Misiones Extranjeras de París no se había recibido confirmación del horrible asesinato del P. Chanés, junto con algunos cristianos del Kouang-tong, el cual anunciaba hacía algunos días la prensa diaria.

Profundamente impresionado por estas noticias cuya exactitud todo hacía preveer, el P. Delpech telegrafió el miércoles de la próxima pasada semana á la Procura de Hong-Kong.

La contestación del Ilmo. Chausse al reverendo Padre Superior dice así:

CHANÉS HA SIDO ASESINADO JUNTO CON TRECE CRISTIANOS.

El P. Enrique Chanés nació en Coubón, distrito de Puy (Francia), el 22 de Septiembre del año 1865. Recibió ordenes menores en el Seminario de París el 25 de Octubre de 1887, y fué ordenado sacerdote el 21 de Septiembre de 1889, siendo destinado el 23 de Diciembre del mismo año á Cantón.

## II

### *Situación política*

La prensa diaria dió hace aproximadamente un mes la noticia de que el palacio real de Pekín acababa de ser teatro de una revolución. El emperador, decían, había sido depuesto y sustituido por la regencia de la Emperatriz madre. Deseando adquirir noticias precisas de estos acontecimientos, nos dirigimos al reverendo Padre Procurador de las Misiones lazaristas, que como saben nuestros lectores son los que evangelizan Pekín, y su contestación fué como sigue:

París, 23 Octubre 1898.

Las últimas noticias dánmelas en cartas recibidas ayer, 22 de Octubre, y todas son anteriores al 12 de Octubre, fecha en que estalló la revolución del palacio de Pekín. El vicario apostólico del Petcheli Occidental Ilmo. Bruguière, habla de la seguridad de que disfruta su Misión, y el Procurador de Shanghai P. Meugniot, visitador general de nuestras Misiones en China, en carta del 19 Septiembre nada dice de complicaciones ó dificultades políticas. Sin embargo, quiero transcribir

algunos párrafos de una carta del Ilmo. Favier, fechada en 27 de Julio, pues en ella parece descubrirse la base de los acontecimientos políticos y religiosos que se desarrollan en la corte y en las provincias.

«Lo que atacan con vigor es el Protectorado, pero constanos también que es muy defendido. Los franceses tenemos un cónsul excelente, Mr. Pichou, con cuya amistad me honro. Además, todas las altas dignidades del Imperio están á nuestro favor.

«El Emperador ha publicado excelentes decretos favorables á la Religión católica; los mandarines han recibido órdenes muy serias en los que se las manda protegerla. *A pesar de todo hay y habrá largo tiempo grandes desórdenes en el Sud.* Los sublevados contra la dinastía se han extendido por nueve subprefecturas en el Kiang-Si. Confíase que el Gobierno logrará vencerla, pero todos los enemigos de la dinastía tártara, que son las tres cuartas partes de la China, aprovechan los actuales acontecimientos para dirigir contra ella fuertes ataques.

«Nosotros nunca en esta nación tuvimos tanta influencia como actualmente. Trato *directamente* con el virrey Joun-Lou, el mismo que asistía á mi consagración, cuando los sucesos de Pao-tin-fou.»

Sigue el relato que supongo habrán Vds. recibido (1).

Esta es la situación, y á la par explica también la revolución violenta que empieza á desarrollarse. Confiamos que la Divina Providencia y las legaciones europeas reprimirán pronto y enérgicamente todas estas que podríamos llamar explosiones ó tentativas del antiguo espíritu chino.

La correspondencia tarda 34 días en llegar de Shanghai á París: precisan, pues, 15 días á lo menos para que podamos recibir correspondencia de Pekín posterior á los graves sucesos antedichos. Hasta entonces forzoso es contentarnos con los despachos publicados hoy.

### PE-TCHELI SEPTENTRIONAL (China)

*Ataque y saqueo de la residencia de Pé Koan.—Feliz desenlace*

Rumores en extremo pesimistas circulan estos días referentes á la actual situación de la China. Ningún relato preciso hemos recibido de los últimos acontecimientos; sin embargo, el hecho siguiente del cual nos da cuenta el Ilmo. Faurér, distinguido coadjutor del Ilmo. Jartou, vicario apostólico de Pekín, sobradamente indica el crítico estado porque atraviesa el país. Gustosos rendimos desde nuestras columnas justo tributo de agradecimiento por su enérgica conducta al nuevo embajador francés en Pekín Mr. Pichou.

Pekin, 14 Agosto 1898.

EL próximo pasado Mayo con pretexto de reprimir revueltas posibles en nuestra provincia, vinieron de Kan-sou 25,000 soldados originarios de esta parte de la China. Fué precaución desacertada, puesto que eran soldados indisciplinados, ladrones, y el pueblo los teme como la mayor calamidad. Unos 4,000 hombres de estas tropas fueron acantonados en los arrabales de Pao-ting-fou capital de esta provincia.

Era el 6 de Julio, á las cinco de la tarde, cuando dos oficiales forzaron la puerta de nuestra residencia

(1) Refiérese á la correspondencia que á continuación de ésta publicamos.



de Pe-Koan, y después de lanzar horribles maldiciones contra la Iglesia y los europeos, apalearon cruelmente al portero. Los nuestros se apoderaron de los dos malhechores y pasaron aviso á las Autoridades. Pero antes de que llegasen los mandarines y soldados del país, 200 de los salteadores de Kan-sou á las órdenes de un capitán invadieron la residencia, maltrataron á los criados, y nuestro hermano en Religión el P. Pablo Duang, que pretendía parlamentar con ellos, recibió sobre la cabeza tan fuerte golpe de maza, que cayó cubierto de sangre. El P. Dumond, director de la Misión de Pao-ting-fou, fué herido también, recibiendo tres fuertes bastonazos en la cabeza. Varios soldados cogieron á nuestros hermanos y los llevaron á una pagoda que les servía de cuartel general. Los restantes soldados empezaron completo saqueo de la residencia: puertas, ventanas, cuadros, jarrones y muebles todo volaba hecho añicos. Afortunadamente, los niños del colegio y los que asisten á la escuela pudieron emprender la fuga. Los misioneros llegados á la pagoda sufrieron las vejaciones de la desenfrenada soldadesca, y á la par fueron amenazados de muerte. Sacóles de situación tan apurada el subprefecto de la ciudad, que al ir á parlamentar con aquel grupo de furiosos, les dijo subieran á su propio coche, escoltóles hasta seguro albergue escogido de antemano por él, dióles guardias de su tribunal, y finalmente les envió medicamentos para curar sus heridas, que afortunadamente no eran muy graves.

El jefe de los cristianos, lo primero que hizo fué remitirme un telegrama en chino dándome cuenta del suceso. Lo transmití al ministro de Francia Mr. Pichou, quien exigió del Tsoung-ly-Yamen que dictara sin pérdida de momento las más severas órdenes. Estas órdenes fueron comunicadas telegráficamente, y al siguiente día la seguridad quedaba garantida.

El día 7 de Julio pudo el P. Dumond escribirme una carta, en la que me relataba los sucesos con todos los detalles que anteceden. El excelente ministro francés Mr. Pichou iba con su habitual energía á tratar de estos hechos con Tsoung-ly-Yamen, cuando el virrey de la provincia, mandarin de los de categoría más elevada de todo el Imperio, me escribió una carta de la que fué portador un mandarin delegado por él.

El virrey Joung-Kou, uno de los cuatro miembros del gran Consejo, habíase dignado asistir á mi consagración; él fué así correspondido á su alta dignidad, quien presidió el almuerzo dado por nosotros en aquella ocasión, y él el que con la más fina cortesía dirigiera al nuevo Obispo amable brindis. Recordábame este detalle en su carta, invocaba estos testimonios de sincera amistad, relatábame sin omitir el menor detalle los sucesos de Pao-ting-fou, prometió ejemplar reparación, y me suplicaba quisiera tratar amistosamente este asunto directamente con él.

Escribí al ministro francés suplicándole suspendiera si le parecía bien las diligencias oficiales, y me autorizara para seguir las negociaciones entabladas por el virrey. No se contentó Mr. Pichou concediéndome este permiso, sino que prometió aprobar las condiciones de-

terminadas por nosotros, y si era menester prestarme su apoyo para que fueran cumplidas.

Busqué una fórmula de arreglo con el delegado del virrey, el cual poco después llevó á su excelencia un pliego oficial, en el cual le proponía los artículos siguientes:

"1.º Cederemos al gobernador chino la pequeña residencia de Pé-Koan, regada con la sangre de los misioneros, expuesta siempre á la invasión y saqueo de soldados desbandados y ladrones. Por estas razones, siendo imposible la necesaria seguridad, debemos abandonarla forzosamente. En compensación el Gobierno chino nos cederá el antiguo palacio llamado del Tao-tai, situado al centro de la ciudad de Pao-ting-fou, el cual quedará de nuestra propiedad.

"2.º Este palacio, restaurado por las autoridades locales, será entregado á nuestros hermanos en Religión por los mandarines, quienes irán á buscar á los misioneros, acompañándoles con gran pompa á la nueva residencia, donde se les servirá una comida, reparando con ella las ofensas recibidas ante los mandarines y el pueblo, y como prueba de la más completa reconciliación.

"3.º La sangre de los misioneros no puede pagarse con oro, y por consiguiente no pedimos por ella indemnización pecuniaria, pero sí 1,500 francos para poderlos repartir entre los criados heridos.

"4.º Los culpables, sean quienes fuesen, serán por la justicia del virrey castigados con todo el rigor de las leyes chinas."

El siguiente día el virrey enviome telegráficamente su asentimiento á todas las condiciones, y dos días después recibí á su delegado, quien era portador de una carta de su excelencia, en la que manifestábame su agradecimiento, y de todas las piezas auténticas acompañadas de su firma y sello: ellas asegurábanme para siempre jamás la propiedad de aquella propiedad imperial, que el Gobierno chino y el Emperador nos daban por residencia.

Acto seguido mandé conducir todas estas piezas á la Legación francesa por Mr. Jazlin, asistente de la Misión: el ministro, satisfecho en extremo, enviome una carta oficial de felicitación y aprobando por completo cuanto había hecho, carta que junto con todos los títulos de propiedad queda guardada en nuestros archivos.

Para apreciar en su justo valor las ventajas obtenidas, permítaseme añadir alguna explicación.

La pequeña residencia de Pé-Koan estaba formada por una capilla china, de cincuenta piés de largo, y por cinco ó seis cuartos contruidos de tierra y una huerta. Situada en solitario lugar al lado Noroeste, fuera de la población, estaba de continuo expuesta á ser robada, y casi cercada por las aguas en la estación de las lluvias. Con el decurso de los largos años que hemos vivido en ella, hallábase poco menos que inhabitable: pero solo á costa de grandes sacrificios pecuniarios podíamos soñar establecernos dentro la población. La ciudad de Pao-ting-fou mide sólo mil quinientos metros de lado, y en-



cierra dentro su recinto más de setenta y cinco tribunales ó palacios, propiedad todos del Estado. Menester era, pues, una circunstancia como la presente para que se nos abriesen sus puertas. El palacio que actualmente poseemos, levántase al centro de la ciudad y linda con el del prefecto. Mide ciento sesenta metros de Norte á Sur, y setenta metros de Este á Oeste, y está edificado en la calle más céntrica de la población. Contiene doscientos once cuartos, de los cuales la mitad á lo menos hállanse en muy buen estado, y los restantes están contruidos de ladrillo, y toda la madera es boj de primera calidad. Su valor es á lo menos diez veces mayor que el de la pequeña residencia, de manera que viene á ser un verdadero regalo, y si he escrito la palabra *cambio*, es por resultar menos onerosa que la voz *donativo*.

Complació mucho al virrey el ver que espontáneamente habíamos renunciado á pedir indemnización para nosotros, contentándonos con una muy pequeña para los criados. Finalmente, adulóle en extremo el que declarásemos la inocencia de las Autoridades locales, las cuales en honor de la verdad, debemos hacer constar que obraron correctamente, y el que dejáramos á su alta justicia el cargo de castigar los culpables. El asunto había sido resuelto en diez días y á satisfacción de todos. Sólo faltaba ejecutar lo convenido.

Precisaba enviar un hombre prudente y hábil á Pao-ting-fou, para de acuerdo con Mr. Dumond y los mandarines, fijar los límites de la nueva residencia.

El P. Jarlin era el más indicado para desempeñar tan importante misión: de trato agradable y cortés, sumamente entendido en las cosas chinas y poseedor de la lengua, acostumbrado á tratar con mandarines, este misionero había además dirigido con singular acierto por espacio de nueve años el extenso distrito de Pao-ting-fou. Enviéle con plenos poderes al virrey, quien hízole acompañar de su delegado, y ambos llegaron en breve tiempo á la capital de la provincia, gracias á la lancha de vapor que el virrey puso á su disposición.

En tres días resolviéronse todas las dificultades, y conforme con lo convenido, nuestros hermanos europeos y chinos fueron conducidos solemnemente en literas á la nueva residencia por los altos mandarines de la ciudad, que les obsequiaron con espléndido banquete, presidido por el P. Jarlin, en representación mía. Algunos días después de su regreso, creí debía ir á Tientsin á dar las gracias al virrey, quien me recibió con gran pompa y dando muestras de sincera amistad. Unió á las mías sus alabanzas al hablar de los méritos del P. Jarlin, y convino en proponer al Emperador le confiriera el título de mandarin de segundo orden, primer grado del glóbulo azul claro. La propuesta fué del agrado del Emperador, y ocho días después remitióle el título.

Este grado del cual disfruté más de diez años, hasta que el Emperador concedióme el de primera clase, prestóme, como nadie ignora, grandes servicios en asuntos religiosos. Da libre acceso al Tsoung ly-Yamen y cerca de los mandarines de categoría más elevada. Nadie puede apreciar mejor que yo el favor otorgado al P. Jardin, pues yo puedo dejar de existir, y bueno es

quede alguien autorizado que pueda continuar las amistosas relaciones existentes entre la Misión y el Gobierno chino.

Indispensable es construir una iglesia en la nueva residencia de Pao-ting-fou, y debemos también establecer en ella todas nuestras obras, y remitir abundantes socorros de hombres y dinero, porque después de los relatados acontecimientos, preséntanse los catecúmenos en número mucho mayor que antes, y abrigamos la esperanza de bautizar muchos miles.

## PONDICHERY (Indostán)

### Hambre y conversiones

La siguiente carta, escrita por el P. Grandjanny, de las Misiones Extranjeras de París, no ha menester recomendación. ¿Quién no se sentirá conmovido al leer el relato de tantas miserias como afligen aquel desgraciado país?

Cheyur, 1 Julio de 1898.

TRES meses han transcurrido del día en que el ilustrísimo Sr. Gandy me destinó á Cheyur.

—Es V. muy joven, me dijo, posee algo el idioma; el país al cual va destinado hace largo tiempo que carece de misionero: ponga en Dios su confianza, Él vendrá en su ayuda, pues es quien le envía.

Alentado con las palabras y bendición con que las acompañó, llegué en este país falto de experiencia y balbuciendo á duras penas algunas palabras del tamoul.

Penosos fueron los primeros días. La gente, asustada á la vista de mi rostro blanco, apresuraban el paso en cuanto me veían. Algunos pocos cristianos atrevíanse á dirigirme una que otra palabra. Pero Dios dirige los corazones. Actualmente elévase á doscientos cincuenta el número de paganos que estudian el Catecismo y aprenden las oraciones. Quieren seguir la Religión de Jesús pues comprenden, dicen, que es el buen camino. Acuden de todos lados y pidenme con insistencia derrame sobre sus frentes el agua que purifica el alma «y la hace agradable á los ojos de Dios.»

El mes próximo estos doscientos cincuenta catecúmenos serán cristianos, y otros vendrán á ocupar el sitio que ellos dejarán vacío.

Por desgracia estas pobres gentes son en su mayoría infortunados parias que viven al día. En el decurso del mes que necesitan para aprender el Catecismo no pueden ganarse el sustento. Además hay en este país mucha hambre. Dos años hace que la pertinaz sequía ha impedido toda cosecha. El misionero debe alimentar sus futuras ovejas durante el tiempo de su instrucción, y necesario es también darles un retazo de tela blanca con que vestirse, á fin de que se presenten decentemente á recibir el Bautismo. El capital del misionero es ¡ay! más pequeño que su corazón.

Paso los días ocupado por completo en la instrucción de los paganos. Sentado entre ellos bajo la sombra de algunos copudos árboles que nos preservan de los ardores del sol de la India, les hago repetir centenares de veces las verdades esenciales del Catecismo. No es ciertamente mi intención hacerles grandes doctores:





Gehr. C. & N. Benziger. X. A.

# EL DÍA DE DIFUNTOS



su fe es humilde, y cuando al caer la tarde los oigo repetir con fe viva las oraciones que durante el día aprendieron, desaparecen todas mis fatigas y me duermo siendo feliz.

Mis neófitos tienen gran devoción á la Virgen María. Cuando empieza la noche á extender sus sombras por la tierra, véolos postrados á los piés de su excelsa Madre, exponerle cada uno sus necesidades en alta voz, con el fin, dicen ellos, de que la Virgen de allá arriba pueda los oiga mejor.

¡Cuántas veces, tendido sobre mi estera, he sido consolado y animado á la par al oír llegar hasta mí clara y argentina, la voz de algún niño que decía: «Oh Madre del cielo, dadme arroz, tengo hambre; dadme arroz para mi madre que está próxima á morir! ¡Madre del cielo, tened piedad de nosotros!

Otro día es la voz de pobres viejos ó de ancianas desvalidas. Estos no tienen hijos que vengan á rogar por ellos: murieron todos ó se alejaron de su país natal. Ninguna esperanza les resta en este mundo.

—¡Querida Madre del cielo! exclaman, ¡cuánto sufrimos en este mundo! ¡dadnos de comer ó dadnos el cielo!

Centenares de veces repiten la misma súplica, y cuando me levanto al nacer el siguiente día encuéntrolos dormidos cabe los piés de la Virgen que tanto aman. Algunos durmiéronse para no despertar: su Madre del cielo escuchó compasiva las súplicas, y durante el sueño ha trocado sus padecimientos en eternas felicidades.

Ayer paseábame rezando el Rosario, cuando llamóme la atención un ligero cuchicheo que se oía en un ángulo de mi habitación. Admirado me acerqué. De entre las sombras, donde estaban escondidos, vi salir dos niños que se arrojaron á mis piés.

—*Sami*, dijo el mayor, niño de ocho años, hemos venido á encontrarlos. Nuestro padre ha marchado muy lejos al otro lado del mar. Aquí no encontraba trabajo y nos dejó solos. Nuestra madre murió hace mucho tiempo. Nosotros nos hemos dicho: «Vamos á encontrar al *sami* de los cristianos; él es muy bueno. Le diremos: No tenemos padre, si nos admites seremos tus hijos.»

Los infelices niños se arrojaron á mis piés llorando:

—¡Oh *sami*, no nos abandones! sin tu apoyo moriremos.

Imposible me es cerrar los oídos á tan conmovedora súplica: me los llevé conmigo é hice darles de comer. Estaban tan delgados que tristeza daba mirarlos: hacía largo tiempo que padecían hambre. Los coloqué en casa de una cristiana, que cuida de ellos mediante módica retribución.

Esta historia se renueva con mucha frecuencia. Paganos y cristianos, impulsados por la escasez, abandonan hijos y patria, y van á venderse á los dueños de los establecimientos agrícolas del Ceylán. Llegan allá y se encuentran con un amo que les trata como esclavos, y que con frecuencia impídeles practicar sus deberes religiosos.

Venid, venid á mi ayuda, pues yo me hallo impoten-

te á la vista de tantos infortunios. Tened piedad de la miseria de estos infelices parias. Ayudadme á hacer algún bien á su cuerpo y á su alma.

## ASUNCIÓN (Paraguay)

*Los indios chamacocos*

Copiamos del *Boletín Salesiano* la siguiente correspondencia enviada al Rmo. Sr. D. Miguel Rúa, por el Rdo. Sr. D. Ambrosio M.<sup>a</sup> Turriccia.

EL próximo pasado Diciembre envié un sacerdote y un catequista á la Misión de *Fuerte Olimpo* y *Bahía Negra* (Chaco paraguayo), á instancias del Gobierno, que se interesa cada día más por la verdadera civilización de los indios, y desea que se establezca en aquellos lugares una Casa Salesiana, que podrá atender tanto á las necesidades de aquellos pueblos como á la civilización de los indios.

*El Gran Chaco.—Fuerte Olimpo.—Bahía Negra.—Proyectos del Gobierno*

Al enviarle copia de la carta que días pasados escribí al Excmo. Sr. ministro de la Guerra, D. Emilio Aceval, dándole cuenta de la Misión llevada á cabo por mis hermanos, no dudo le será sumamente grato que le dé algunos detalles sobre el *Chaco*, para que pueda formarse una idea de esa parte del Paraguay, aunque tal vez no encontrará en esta carta nada nuevo.

Aun permanece en su primitivo estado y envuelto en las nebulosidades del misterio esta gran extensión de tierra desierta que se llama *Gran Chaco*, no obstante estar rodeado de numerosas ciudades y pueblos civilizados. De Norte á Sur mide el Chaco unos 840 kilómetros, y de Este á Oeste 360, dando un resultado de 190,000 kilómetros. Políticamente pertenece á la Argentina, á Bolivia y al Paraguay. La parte que corresponde á éste está comprendida entre el río Paraguay, desde la desembocadura del Pilcomayo hasta Bahía Negra, y desde este punto partiendo en línea recta, hasta el de intersección del Pilcomayo con el grado 22 de latitud Sur. La parte Norte de este territorio es causa de divergencia entre Bolivia y el Paraguay.

Fundándose en varias razones, el Paraguay ha establecido en aquellos confines del Chaco Norte dos fuertes para poder contrarrestar, en caso de necesidad, las fuerzas enemigas y mantener la integridad del territorio. Aprovechándose de la configuración del terreno, ha establecido allí dos estaciones militares. *Fuerte Olimpo* es una posición estratégica en la que los españoles se atrincheraron antiguamente para defenderse de los indios. Se construyó este fuerte, según lo testifica una piedra grabada que se conserva en el patio, el año 1755 y dirigió los trabajos un tal Jiménez. El fuerte es semejante á la gran muralla del Celeste Imperio, pues es una pared de una legua de longitud, de dos metros de altura y uno de ancho, que sube ó baja según las ondulaciones del terreno. Al presente está cubierta por las enredaderas y plantas parásitas, cuya reproducción y tamaño es asombroso en aquellos sitios. Empieza en las faldas del cerro donde se levanta el verdadero fuerte (á un kilómetro del río), y sigue por el Sur, formando una



semicircunferencia y encerrando dos cerros más, para acabar después en la orilla del río. En la antigüedad cayó esta pequeña fortaleza en manos de los portugueses, y, en efecto, además de algunos cañones del tiempo del dominio de los españoles, se ve todavía un cañón de bronce en el que hay grabados una corona real y más abajo: Fernando II. En una segunda excursión que llevemos á cabo pienso poder encontrar algunas inscripciones. En el año 1885 una compañía boliviana que se proponía abrir un camino directo entre el río y la capital de Bolivia, hizo allí la estación llamada *Puerto Pacheco*, pero pocos años después la ocupó militarmente el Paraguay, celoso de la integridad de su territorio, y cambió el nombre de la estación por el de *Bahía Negra*, donde el año pasado se levantó un gran fuerte, debido á ciertos temores que había despertado una concesión hecha por el Gobierno boliviano á una Compañía inglesa.

La distancia inmensa que separa aquellas tierras de Asunción, y los pocos vapores que hacen el viaje hasta Corumbá (pues *Bahía Negra* se encuentra en los confines del Matto Grosso á 40 leguas de Corumbá), hace que aquellos lugares sean considerados como un destierro para los soldados, por lo que el Gobierno piensa fundar allí varias colonias y un pequeño Colegio, cuya dirección desea confiar á los Salesianos, los cuales deben también hacerse cargo de la Misión de los indios que habitan aquella parte Norte.

*Diversas razas de indios que habitan el Chaco.*—Los *chamacocos*.—Su estructura y conformación.—Costumbres y manera de ser de los *chamacocos*.—Su fidelidad.—Un remedio eficaz contra el hambre.—Religión y docilidad de los *chamacocos*.—Excelentes é incansables cantores.—Buena disposición para la industria.

Al Norte de los *lenguas* que habitan el Chaco paraguayo entre el río Aguaray-guazú y el río Verde, se hallan los *angaites*, que ocupan el territorio que se extiende desde el río Verde hasta Puerto Casado, y más adelante están los *chamacocos*, que en realidad son diversos, como con mucha razón sostiene el Sr. G. Boggiani, que ha vivido muchos años con ellos, de los *zamucos*, de los que habla el P. Agara, y entre los que estaba establecida por los años de 1723 la Misión de *San Ignacio de Zamucos* de los reverendos Padres Jesuitas, en la provincia de Chiquitos (Bolivia). Al presente deseo hablar á V. R. de los indios *chamacocos*, que, si el Gobierno paraguayo realiza su proyecto, han de ser los primeros en recibir los beneficios de una Misión Salesiana, dándole también alguno que otro detalle de los *caduveos*, que ocupan la otra orilla del río Paraguay, y pertenecen al Brasil, pero hacen frecuentes incursiones en el territorio paraguayo.

En la actualidad se hallan en las inmediaciones de *Bahía Negra* unos 500 indios, que rara vez abandonan el territorio, porque las Autoridades les dan alimentos y los tratan con mucha amabilidad. Son altos, bien formados, ágiles y de una hermosa y fuerte musculatura; como los demás indios del Chaco, tienen un color bronceado que brilla á maravilla á los rayos solares. Su cabello es negro y largo, llevándolo unos suelto, otros atado sobre la cabeza, y otros en forma de trenza en cuyo extremo acostumbra atar una bola de

plumas. Las mujeres, por el contrario, se rapan el cabello en forma de corona. A semejanza de otros indios, llegados á cierta edad se arrancan el pelo de las cejas y la cara con un instrumento á manera de tenacillas. Suelen ir completamente desnudos, y sólo se adornan en diferentes ocasiones con muchas plumas. A esto casi les obliga la necesidad, pues teniendo que atravesar grandes y espesos bosques, los vestidos se harían pedazos: por esta misma razón caminan siempre uno detrás de otro, cuidando de poner los piés en la huella del primero é inclinado la punta del pie hacia dentro, al contrario de nosotros. Los hombres suelen llevar únicamente sus armas, que por lo general son una lanza de casi tres metros de larga, un arco y flechas. Usan también una flecha, si así puede llamarse, que en vez de terminar en punta como las demás acaba en una bola, la cual emplean para matar á los pájaros sin herirlos, y así aprovechar las plumas sin ninguna mancha de sangre. Las mujeres llevan toda la carga, no en la cabeza sino en las espaldas, conduciendo también así á sus criaturas, que jamás abandonan. Llevan para apoyarse un palo, con el que sacan el cogollo de la palmera, y que en determinadas circunstancias les sirve de poderosa arma ofensiva y defensiva.

La espesura del Chaco es tal, que se hace necesario llevar un buen guía, pues de lo contrario se expone uno á perderse en aquel laberinto y á perecer como han perecido no pocos. Los *chamacocos* son muy prácticos en esto, y con toda seguridad puede uno fiarse de ellos, siendo de notar la potencia de su oído, pues el menor ruido que sientan á varios kilómetros de distancia, dicen con precisión el sitio de donde sale.

Otra de las curiosidades que observé en ellos fué la de rodearse al vientre y estómago muchas cuerdas, y cuando sienten los efectos del hambre se aprietan las ataduras para no sentirla, cosa que, según algunos viajeros curiosos que han hecho el experimento, en apariencia disminuye el apetito.

Nada puedo decir á V. R. de las creencias religiosas de estos indios, pues nadie hasta ahora ha sabido darme razón de esto. El *chamacoco* es incansable para el canto; días hay que se los pasa cantando sin tomar otro descanso que el necesario para beber un poco de agua, proeza que á veces les cuesta caro. También cuando por la noche no pueden descansar gritan como desesperados: ¿invocarán á sus divinidades? Es muy fácil persuadirlos á que dejen su vida nómada, con tal que se les den vestidos ó comida, y son muy inteligentes, pues hacen con bastante perfección trabajos de cuerdas, tejidos y adornos de plumas. De estos últimos tenemos una hermosa colección, que si la hubiéramos recibido un mes antes habría podido servir para la Exposición de Turín.

*Indios caduveos.*—Indicios de una civilización anterior.—Estudio provechoso.—Costumbres é industria de estos indios.—Artistas muy recomendables en el arte del decorado humano.

Frente á *Fuerte Olimpo*, en territorio brasileño, se hallan los indios *caduveos*, al presente en número muy reducido, pero que en tiempos anteriores fueron numerosos y temibles. Varios viajeros, á vista de los adelantos de sus trabajos, dicen que se conservan entre ellos



ciertos rastros de civilización, fruto tal vez de los trabajos de antiguos misioneros.

Apenas me sea posible he de registrar algunos escritos antiguos en los que creo he de hallar algunos pormenores que, además de ser curiosos, no dejarán de tener importancia. Este deseo me obliga á abstenerme por ahora de dar á V. R. mil detalles que guardo para otra ocasión, limitándome en la presente á decirle algo sobre las costumbres de estos indios y sobre algunos objetos que ellos hacen, de los que poseemos una buena colección. Lo más curioso de estos indios es la costumbre de afilarse los cuatro dientes del centro de la parte superior, en forma triangular: para esta operación, que equivale á un horrible martirio, se sirven de una especie de cincel de madera durísima. Los indios del Chaco, en general, no suelen pintarse; pero los *caduveos* continúan haciéndolo de una manera tan curiosa como artística. Es increíble la perfección con que se pintan.

A orillas del río Paraguay crece una hermosa planta que en *guarany* se llama *Nandypá* y en *chamacoco Nahantañ*, y que debe corresponder á lo que en botánica se llama *Genipa oblongifolia*, pues tiene hojas muy verdes y oblongas y da un fruto del tamaño de un limón. Acostumbran á cogerle los indios antes que llegue á su madurez, recogiendo su zumo, que mezclan con agua. Este líquido tiene la propiedad de ennegrecer bajo la acción de los rayos solares, y cuanto más puro tanto más el negro tiende al azul cargado; es cáustico y penetra bajo la epidermis sin necesidad de abrir herida. Puedo asegurarle que este líquido produce el mismo efecto que el nitrato de plata. Sin embargo, su propiedad penetrativa es limitada, y por consiguiente á los 6 ó 7 días de lavarse desaparece por completo, y entonces los indios vuelven á una nueva operación, cambiando de dibujo; y estos cambios de líneas y de dibujos asombran por su perfección y diferencias radicales. He aquí como llevan á cabo este trabajo: siéntase en el suelo el pintor ó pintora, generalmente son mujeres, mientras que el paciente se tiende delante, descansando la cabeza sobre el pecho del artifice, quien le coloca sobre el cuerpo el recipiente del *genipa*, y con unos palitos que terminan en un pequeño taponcito, á guisa de hisopo, empiezan á dibujar en el cuerpo con suma precisión. Las mujeres se pintan también los piés en forma de sandalias. Puédese deducir también la inteligencia y adelantos de estos indios por los dibujos con que adornan varios objetos de barro que ellos mismos hacen, como ollas, platos, palanganas, etc.

De todo esto me ocuparé otro día cuando pueda enviar á V. R. algunos de dichos objetos, que son muy raros en los museos de Italia.

Pongo fin á esta carta suplicando á V. R. que se sirva encomendarme á las oraciones de todos nuestros queridos hermanos para poder ser siempre un digno instrumento de Dios en este vasto campo, y hacer revivir el espíritu y las doctrinas que propagaron por estas tierras, á costa de innumerables sacrificios, los ínclitos Hijos de San Ignacio de Loyola.

## UN RECUERDO

Á LOS MISIONEROS AGUSTINOS QUE HAN SUCUMBIDO EN FILIPINAS, VÍCTIMAS DEL SEPARATISMO Y DE LA MASONERÍA.

### Las víctimas de la insurrección de Cebú

TRISTE situación á la que han conducido á España la incapacidad y los desaciertos políticos de nuestros gobernantes! Cuando merced á la actividad y energía desplegadas por el general Polavieja, y la acertada dirección dada por el mismo á la campaña de Cavite, agonizaba ya la insurrección tagala; cuando parecía que iba á sentarse de nuevo sobre sólidas bases nuestro dominio en las islas Filipinas, é íbamos á gozar de una paz duradera por el castigo ejemplar de los culpables en los tristes acontecimientos á que dió lugar el pacto de sangre iniciado por el Katipunán; cuando tan fácil hubiera sido ya exterminar los restos que quedaban de las partidas vencidas en Cavite, y que mero-deaban por el centro de Luzón, más bien en calidad de tulisanes que con el carácter de insurrectos, un nuevo error de la política del Gobierno español y de sus representantes en aquel Archipiélago, vino á desvanecer como por encanto, tan hermosas y risueñas esperanzas.

El vergonzoso pacto de Biac-na-bató, que se nos anunciaba como la aurora de una nueva era de ventura y felicidad para lo porvenir de las islas Filipinas, no tardó en producir sus naturales y amargos frutos. Los indígenas que habían permanecido fieles á nuestra bandera y ayudado á la causa de España, contemplaron descorazonados y estupefactos, que, mientras que su leal comportamiento y sus sacrificios apenas merecían de nuestro Gobierno recompensa alguna, los jefes rebeldes eran premiados abundantemente, y á los cabecillas inferiores y demás insurrectos se les hacía toda clase de agasajos y se les guardaban respetuosos tratamientos. Alentados por otra parte éstos con las consideraciones de que eran objeto, el respeto que se les tenía y la libertad que se les concedía, no permitiendo nuestras Autoridades que se les molestase en lo más mínimo, ni se les dirigiese el menor cargo por su pasada conducta, recorrieron orgullosos los pueblos, haciendo ostentación de sus hazañas, narrando y ponderando sus proezas durante la guerra, y ejerciendo terribles venganzas en los que, considerándolos como criminales, ó les habían denunciado antes á la Autoridad, ó les habían contrariado de cualquier modo en sus proyectos.

De este raro estado de cosas resultó muy pronto lo que era de presentir. Muchos que por su acendrado amor á España se habían puesto antes decididamente de nuestra parte, resolvieron permanecer en estado neutral hasta ver el término de los sucesos; otros, que por miedo ó cobardía habían permanecido neutrales, nos volvieron francamente las espaldas, y los que ya desde el principio habían sido manifestos enemigos de España, desplegaron con más resolución que nunca la bandera de la rebelión en contra de nuestra patria, é hicieron por todas partes activa propaganda en favor de su criminal idea.



Ahí están para confirmar nuestro aserto los imponentes alzamientos de Zambales, Pangasinan, Ilocos, Panay y Cebú, ocurridos á raíz mismo de la decantada paz de Biac-na-bató, en los cuales corrió abundante la sangre de los españoles de todas las clases, tanto de la clase militar, como de la civil, como de la religiosa.

No entra, por ahora, en nuestro propósito reseñar cada uno de estos alzamientos, y enumerar las víctimas que en los mismos sucumbieron; sólo pretendemos dar una ligera idea de la insurrección de Cebú, referir brevemente los trabajos que en ella padecieron varios de nuestros Religiosos, y consignar algunos datos biográficos de los dos Agustinos que fueron sacrificados inhumanamente por los rebeldes, siquiera sea sólo como pequeño recuerdo consagrado á estos dignos é infortunados misioneros.

Durante el tiempo que se mantuvo en su mayor pujanza la insurrección caviteña, las provincias que pertenecen al grupo de las Bisayas, no solamente habían permanecido tranquilas sin secundar en lo más mínimo los propósitos de los tagalos, sino que tomaron también parte muy activa en favor de España, ofreciendo no pequeñas sumas de dinero para los gastos de la campaña, y gran número de voluntarios, tanto para asegurar la tranquilidad pública en sus propios hogares, como para ir á combatir á los insurrectos. España pudo ver entonces la lealtad de aquellos sus súbditos, y el denuedo y valentía con que peleaban al lado de los peninsulares. Pero luego que vieron la escasa estimación que se hizo de sus trabajos y sacrificios, y la conducta observada



GUISO DE GALLINA CON PISTACHO.—Probando la salsa. (Pág. 496)



JOVEN BOULO. (Pág. 496)

con los alzados, comenzaron á murmurar de nuestro comportamiento y de nuestro Gobierno, resfrióse ó apagóse en ellos su amor á España, y no tardaron en fraguar una conspiración que les proporcionase las ventajas y les diese la celebridad que habían logrado los rebeldes.

Contribuyeron sobre todo en Cebú á aumentar el fuego del odio contra nuestra patria, los emisarios tagalos que allí penetraron secretamente, apenas conocido el pacto de Biac-na-bató. Los trabajos de zapa emprendidos por éstos en aquella provincia, encontraron el terreno perfectamente dispuesto para que sus predicaciones fructificasen abundantemente, y en poco tiempo atrajeron á su partido, y comprometieron para un movimiento de revolución á infinidad de indígenas, tanto de la capital cebuana, como de la mayor parte de los pueblos de aquella isla.

«El domingo de Ramos, día 3 del corriente (Abril), dice *La Voz Española* (1), se celebraron en todos los templos de la ciudad de Cebú y arrabal de San Nicolás, los Oficios del día con la solemne bendición de las palmas, viéndose todos muy concurridos y sin que se notase la menor agitación en aquellos habitantes.

«Terminaron los Oficios, y nada dió á conocer los tristes sucesos que á las pocas horas se iban á desarrollar allí, hasta que por noticias confidenciales que recibió el comerciante de aquella plaza, D. Pedro Royo, español peninsular, se supieron las infames maquina-

(1) *La Voz Española*, diario que se publica en Manila, número correspondiente al día 11 de Abril de este año.



ciones que contra la colonia tenía tramada aquella chusma de malvados.

«Gran prisa dióse el Sr. Royo en poner al corriente á las Autoridades, elemento oficial y particulares de cuanto ocurría, á fin de que pudieran refugiarse en la cotta, pues se sabía que el movimiento era general, y que por consiguiente no contando con medios de defensa, inútiles hubieran resultado cuantas medidas se tomaran en aquellos precisos momentos.

(El P. Tomás Jiménez, agustino, párroco del pueblo del Pardo, apresuróse también á comunicar á las Autoridades de Cebú la noticia del alzamiento, inmediatamente que llegó á sus oídos).

«Así, pues, todos los españoles, á excepción del señor Carratalá, abandonaron sus domicilios, dejando en ellos cuanto poseían; pues no pudieron disponer de más tiempo que el preciso para salir de sus casas y refugiarse en la cotta, lugar fuerte, donde la resistencia podía ser mayor.

«A las tres de la tarde se oyeron en Cebú los primeros disparos que anunciaban que la bárbara chusma se dirigía á la Cabecera, viniendo de Talisay, pasando por San Nicolás, arrabal que secundó el movimiento, y que se unió á los revoltosos, que al llegar á la ciudad engrosaron sus filas con los habitantes de la cabecera.

«Inútiles fueron cuantos esfuerzos trató de hacer el general González Montero, gobernador político-militar de la provincia, para poder resistir al ataque de aquellos bandidos; pues no se contaba con más fuerza que cuarenta hombres que componían el destacamento, por lo que decidió desde la cotta defender la vida de los españoles, entre los que se encontraba el señor obispo de aquella diócesis D. Fr. Martín García Alcócer.

«El general Montero dispuso que inmediatamente saliera para Ilo-Ilo el vapor *Tirso de Lizárraga*, á fin de dar parte de lo que ocurría, y pedir que por aquella plaza se facilitaran auxilios, así como para continuar el viaje á Cápiz, y desde dicho punto noticiar á Manila lo que ocurría.

«Los españoles que se hallaban en la cotta no sufrieron hambre, gracias al arrojo de cuarenta cazadores y del bravo español D. Pedro Boada, propietario de un almacén de comestibles, que á tiro limpio salían de la cotta, iban al almacén y recogían provisiones, escasas sí, pero lo suficientes para mitigar el hambre de los que en la cotta se hallaban.»

Dueños los rebeldes de la capital cebuana, cometieron en ella los atropellos y horrores que de gente fanatizada y semisalvaje eran de temer. No contentos con esto, dirigiéronse muchos de los mismos por los pueblos de la provincia, con el objeto de atraerse mayor número de adeptos y de apoderarse de todo lo que pudiesen. El P. José Baztán, celosísimo párroco agustiniano que administraba el pueblo de Córdoba en la isla de Macatán, al tener noticia del movimiento quiso pasar á Cebú á refugiarse á la sombra de los demás peninsulares; pero tropezando desgraciadamente con los rebeldes en el pueblo de Opón, fué asesinado cruelmente.

En Carcar habíanse reunido también con el párroco de aquel pueblo, P. Manuel Fernández, los PP. Ubaldo García, Bartolomé Fernández, Ciriaco Aguado y Urbano Alvarez, párrocos los tres primeros de Minglanilla,

Naga y San Fernando respectivamente, creyéndose algún tanto alejados del peligro, y sin darle tanta importancia como tenía en realidad.

Pero el Martes Santo se vieron sorprendidos por una turba innumerable de insurrectos, que inmediatamente hicieron prisioneros á tres de ellos; habiéndose salvado los PP. Ciriaco y Bartolomé huyendo al monte, al notar los primeros indicios de la aproximación de los rebeldes.

Los trabajos que padecieron los tres cautivos, y el peligro en que se vieron de ser asesinados, los narra uno de ellos, el P. Urbano Alvarez, en carta dirigida á su tío el P. Tirso López, con fecha 26 de Abril. De ella copiamos lo siguiente (1): «El Martes Santo nos sorprendieron en dicho Carcar. Los PP. Ciriaco y Bartolomé huyeron al monte al notar los primeros síntomas; el P. Ubaldo y yo nos quedamos acompañando al Padre Manuel, quien se mostraba algo rehacio en creer lo que estaba viendo. El tiempo que nos dieron fué breve, y le aprovechamos para reconciliarnos con Dios y disponernos para lo que viniese.

«Los insurrectos se dirigieron al puesto de la guardia civil, en que todos eran indígenas. Desde este punto se dirigieron todos al convento en desordenado grupo, á los gritos de ¡*Katipunán!* repetidos mil veces. Hicieron varios disparos, pero altos, no sé si casual ó intencionadamente. El P. Ubaldo se tiró por una ventana de la parte posterior del convento y echó á correr; pero le cogieron primero que á nosotros, porque tuvo que entregarse al oír que le disparaban tiros. A nosotros nos gritaron que bajásemos, ó que nos mataban de lo contrario. Al oír esto me asomé yo á la ventana, y les dije que bajaríamos, que no nos hiciesen fuego; pero descargaron aún un tiro ó dos; y volvieron á gritar desafiadamente: ¡*Katipunán!* ¡*Katipunán!* Viendo nosotros que aquello era un barullo inexplicable, y que no nos podíamos entender con ellos, bajamos ya dispuestos á morir; pero siempre con un residuo de esperanza de salvarnos. Bajamos; abrí yo la puerta, y salí delante hacia ellos, y detrás el P. Manuel Fernández. Este se postró de rodillas (como pude ver después); á mí ni siquiera se me ocurrió, porque vi que se abalanzaban á cada uno de nosotros diez ó doce con bolos y crises muy afilados, en actitud de hacernos trizas. Nos echaron mano y nos rodearon de bolos enfilados, como para acribillarnos al menor movimiento. En esto nosotros nos contentamos con decirles en bisaya: *Tened compasión, tened compasión*. Luego se acercó uno á mí y me dijo: «P. Urbano, te conozco; no te haremos nada.» Y otro dijo: «Sí, no matarle; pero ¡fuera vestido! y me hicieron trizas y girones el hábito y la camisa, y me dejaron en pantalón y camiseta.

«Al P. Ubaldo le habían hecho lo mismo, hacía cinco minutos. Al P. Manuel no le quitaron el hábito, sin duda por haberse puesto de rodillas.

«Al decirnos que no nos matarían, respiramos un poco; nos miramos los tres, y nos encontramos todavía vivos; el P. Ubaldo y yo en ropas menores, y el P. Ma-

(1) Damos las más expresivas gracias á nuestro querido maestro el P. Tirso López, por la amabilidad con que nos ha facilitado la carta que copiamos, á pesar de ser de carácter puramente familiar.



nuel con hábito; pero bien sujetos por los brazos y en calidad de presos, sin que nos amarraran. Al mismo tiempo me volvió á decir el primero que me había hablado: *Te conozco y me conoces, soy de San Fernando*, y me besó la mano; y tras él hicieron lo mismo todos y cada uno de los que me tenían y me amenazaban con los bolos, dando tan fuertes besos como si fueran hermanos míos... Cosas de indios, inexplicables para quien no los ha tratado. Por fin nos trajeron ropa del convento, y nos volvimos á vestir en la plaza, y ya quedamos *relativamente* tranquilos.

«Bajáronnos luego al pueblo, y allí comenzó una procesión, ó calvario, ó juerga, ó no sé cómo llamarlo, porque no tiene nombre. Gritos al ¡Katipunán! corridas, amenazas de unos á otros, aún entre ellos mismos, llamamiento general á todos los varones, corridas de la multitud que huía espantada, tiros al aire, robo, pillaje, órdenes á centenares de preparar rancho, y movimiento continuo y... nosotros en medio de ellos con paso reposado, custodiados por uno de ellos que se titulaba comandante y que nos decía al oído: «Perdonadme, Padres, porque lo hago á la fuerza, de lo contrario me matan.» Y como él, otros y otros que nos besaban la mano y nos decían lo mismo. Al poco tiempo comenzaron á acercarse mujeres, y aquello era lo más raro y extraordinario. Todas llorando, y gritando y pidiendo compasión para nosotros, y nosotros llorando también como niños, en medio de no sé cuántos sentimientos é ideas que afluían á nuestra mente, sin rumbo fijo, y casi sin darnos cuenta ni explicación de lo que estábamos pasando, viendo tantas cosas... unas nos traían agua, otras vino, otras latas de sardinas ó cualquiera otra cosa que creían nos vendría bien para entonces ó para después...

«Se concluyó aquello y nos llevaron á Sibonga: desde allí nos volvieron á Carcar, depositándonos en la casa del capitán municipal, y el miércoles nos trajeron á Cebú (San Nicolás). Por el camino nos trataron bastante bien, é hicimos el viaje en vehículo, excepto un trozo. En San Nicolás nos trataron algo peor, y el Jueves Santo nos metieron en una cárcel cerrados con llave, en compañía de un Padre Recoleta que tenían en su poder.

«Por la tarde nos salvó la Providencia por medio de un cabecilla de los más criminales, teniente de un barrio de San Nicolás, quien nos entregó á nuestras tropas que estaban ya posesionadas del convento de San Nicolás.

«Al Padre Recoleta que no quiso salir con nosotros, lo mataron aquella misma noche los insurrectos. Tenía este Padre 71 años de edad, y era sordo y casi ciego. Con nosotros hubieran hecho lo mismo si nos hubieran encontrado, pues hemos sabido después que salimos de la prisión, que estábamos sentenciados á muerte, caso de que perdieran los insurrectos. De modo que fué un milagro de Dios el que nos salváramos.» Hasta aquí la carta citada.

FR. MANUEL DÍEZ AGUADO,  
agustiniano.

(Se concluirá).

## RECUERDOS DEL CATOLICISMO EN EL TONKIN

### VI

*Progresos de la fe.—Nuevas persecuciones*

EL Ilmo. Deydier murió en 1693, y para sustituirle fué designado el P. Lezzoli, Religioso de la Orden de Santo Domingo. Las dos Sociedades apostólicas que aún hoy evangelizan el Tonkín, marchaban ya de común acuerdo á la conquista de las almas, y dirigidos por los Vicarios apostólicos, los Religiosos de la Compañía, entre los cuales merecen, en esta época, especial mención los PP. Le Royer y Perregault, dedicábanse con anhelo á la predicación de la fe.

En 1696, habiendo empezado otra vez la persecución, dos jesuitas, los PP. Vidad y Sequeyra, cayeron en manos de los perseguidores, y recibieron orden de salir del Tonkín. El P. Sequeyra fué abandonado en una embarcación y en ella murió de miseria. Estos confesores de la fe fueron sustituidos por los PP. Marcos Silveiro, Francisco Rodríguez y Luis Navidad de Bourges, pues la más fiera persecución nunca fué capaz de cerrar el paso á los apóstoles que van á evangelizar una tierra que todos anhelaban regar con su sangre.

Cierto es que el Gobierno del Tonkín era hostil á los misioneros, pero esta hostilidad nunca llegó, como en nuestro siglo, á convertirse en persecución sangrienta: contentábase con desterrar á los predicadores del Evangelio. Por esta causa en 1713 arrojaron al Ilmo. de Bourges de la provincia que hacía cuarenta y cuatro años evangelizaba.

El instigador de la persecución fué, como asaz frecuentemente sucede, un mal cristiano, del cual sólo el primero de sus nombres, León, ha llegado hasta nosotros. Encargado por el Vicario apostólico de varias peligrosas misiones, entre otras la de introducir al Tonkín sacerdotes europeos, León fué á buscar al ilustrísimo P. Juan Bautista de la Mothe en los límites de la provincia de Cantón.

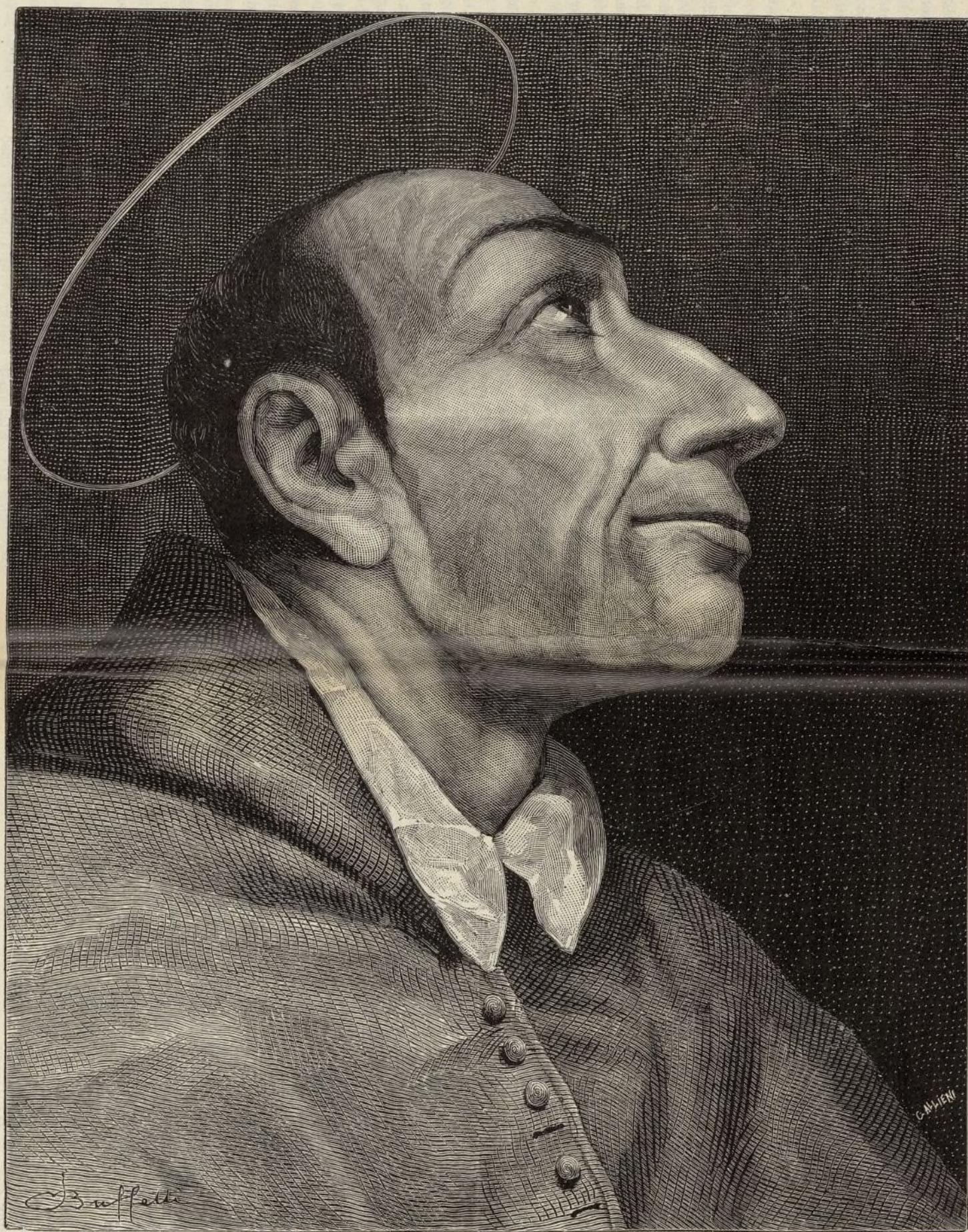
Por tan señalado servicio recibió crecida suma, y habiéndose dado al juego y á las malas costumbres apostató: cuando hubo acabado su dinero presentóse exigiendo se le entregase una nueva cantidad, que fijaba en cien *taels*, amenazando al Obispo y á los sacerdotes con denunciarles al rey si se negaban á satisfacer sus pretensiones. Por aquel tiempo el Chua Trinh-can gobernaba con nombre de rey Le-hi tong: era hostil á los europeos, y varias veces había mandado aprisionar á Van-Lov, jefe de la factoría holandesa de Hean, y últimamente arrojado del país junto con sus compatriotas.

El Ilmo. de Bourges temeroso de las consecuencias de una denuncia hecha á tal juez, entregó los cien *taels*.

Esta concesión fué seguida de nuevas exigencias.

Da-Troc, jefe de ladrones, presentóse á la residencia del Vicario apostólico y á la de su coadjutor el P. Belet, y con inconcebible audacia díjoles sabía que León recibió cien *taels* para no denunciarles; que este acto





SAN CARLOS BORROMEO, ARZOBISPO Y CARDENAL



constituía una traición al Estado, y que él estaba resuelto á reparar este crimen denunciando al rey la presencia de los misioneros... «Sin embargo, añadió, si me entregáis cincuenta mil denarios no diré nada.»

Imposible era continuar de esta manera; dióse cuenta de ello al mandarín de Hean, amigo de los misioneros, y el Ilmo. P. Juan Bautista de La Mothe trasladóse á la China, con la esperanza de que esta marcha satisfaría al rey si llegaba á tener conocimiento de todo lo sucedido.

Da-Troc convino con León la manera de ejecutar sus amenazas, y aprovechando la oportunidad de hallarse en Ha-nói el gobernador de Hean, presentaron la denuncia, y tomada en consideración por el mandarín, la persecución empezó.

Catequistas, estudiantes y numerosos fieles fueron cogidos, azotados y hechos prisioneros. Su silencio salvó á los Obispos. León, enemistado con su cómplice Da-Troc, volvió contra él, y el juez vióse precisado á libertar los presos y dejar en paz los misioneros: vencido por este lado, ensayó vengarse de otro modo.

Los anamitas no tienen gran fe en la imparcialidad de sus magistrados: si emprenden un proceso y lo pierden con frecuencia, véseles esperar la muerte ó destitución del juez que les ha condenado, para empezar nueva causa ante su sucesor.

El mandarín de Hean hizo con poca diferencia lo mismo: muerto su anciano jefe jerárquico y muertos también el rey Le-hi-tong y Tinh-can, encargó á un amigo suyo que planteara ante el nuevo Chua la cuestión de la Religión cristiana, presentándola como muy contraria á la pública tranquilidad. Planteada la cuestión con habilidad suma, el Trinh-can prestóles oídos y firmó la orden mandando desapareciera el Catolicismo de sus Estados.

En cumplimiento de esta orden los Ilmos. de Bourges y Bélot y el P. Guisain fueron hechos prisioneros. El Ilmo. de Bourges, cuya avanzada edad imponía profundo respeto, fué dispensado de comparecer ante el tribunal. Su coadjutor y el misionero sufrieron el día 10 de Mayo de 1712 un largo interrogatorio. El ilustrísimo Bélot contestó con gran valor y serenidad: demostró que desde el día en que llegaron al reino los predicadores de la fe, no habían cometido falta alguna por la cual se hicieran merecedores de la expulsión. Nada contestaron los jueces, y dejaron á los dos prisioneros arrodillados al centro del patio, expuestos, con la cabeza descubierta y por espacio de largas horas, á los ardientes rayos del sol.

El 28 del mismo mes hízoseles comparecer de nuevo, intimándoles pidieran ser expulsados. Parecióles muy singular esta orden, y dijeron: «Los mandarines tienen fuerza y pueden usar de ella, en vez de obligar á las víctimas á pedir la pena que se les debe aplicar.» Entonces llevaron varios de los fieles prisioneros y los sometieron al tormento, esperando que los misioneros apiadándose de los cristianos, harían lo por ellos exigido. Estos comprendieron la estratagema.

«Mandadnos cuanto os plazca, decían, y nosotros obedeceremos: pero ya podéis comprender que á nuestra

edad y con la salud tan quebrantada, si alguna demanda hiciéramos á su Majestad, fuera la de suplicarle nos permitiera permanecer en su reino, para pasar en él los breves días que nos restan de vida.»

Esta respuesta quitó á los presos toda esperanza de lograr lo que deseaban: dictaron, pues, por sí mismos la sentencia, condenando á prisión los dos Obispos y el misionero: sin embargo no se atrevieron á encerrarlos en la de los criminales. El Ilmo. Bélot tuvo por prisión la casa del primer gobernador de la ciudad, el P. Guisain la casa del segundo y el Ilmo. de Bourges la del gobernador de la provincia, quien respetando su avanzada edad, sus virtudes y su popular reputación de sabio, el día siguiente lo puso en libertad; el P. Guisain tuvo una protectora en la madre del gobernador, cristiana hacía largos años, y gracias á su influjo vió endulzarse su cautiverio.

Los prisioneros elevaron al rey un recurso de gracia. La contestación fué negativa: permitiéndoseles vender cuanto dejaron en su casa, pero ordenándoseles partir inmediatamente. Consiguieron, sin embargo, la devolución de los libros confiscados por los mandarines, y el poder llevarse consigo algunos criados y los marineros ingleses que una tempestad arrojara á las costas del Tonkín.

Embarcaron el día 21 de Enero del año 1713, acompañados por tres mandarines que registraron minuciosamente el junco y los acompañaron hasta la embocadura del río Rojo. Una vez en el mar los mandarines juzgaron cumplido su deber y ejecutadas fielmente las instrucciones recibidas: desembarcaron, pues, dejando á los desterrados navegando con rumbo á Siam. El amor es más fuerte que el odio, y el celo de los apóstoles más ingenioso que el de los perseguidores. Antes de salir de Hean los misioneros habían enviado una embarcación tripulada por sacerdotes, catequistas y alumnos del Seminario, con orden de que los esperase en aguas de Thanh-hoa: ambas embarcaciones avistáronse en el lugar designado. Acto seguido ocho alumnos y un sacerdote destinados al colegio de Juthia subieron al junco del Ilmo. de Bourges. El Ilmo. Bélot y el P. Guisain pasaron á la embarcación de los cristianos anamitas, y dos días después desembarcaban en Thanh-hoa, y de esta manera el anciano Obispo fué el único que marchó á Juthia.

## EN LOS RIOS DE MONDA

POR EL R. P. TRILLES

DE LA CONGREGACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO, MISIONERO EN GABÓN

### XIV

#### La Misa en la aldea.—Incidentes y reflexiones

**S**ON las cinco: óyese el canto del gallo: tal vez el mismo que nos ofrecían ayer por cinco pesetas.

Son las cinco: algunos ya se levantan: un hombre tiene la delicada atención de venir á limpiar el suelo frontero á nuestra puerta; tal es la costumbre. Por desdicha canta al mismo tiempo uno de esos inter-



minables estribillos pahuinos que á ejemplo de algunos de Europa, sin inconveniente pueden repetirse todo el día.

Mi hombre canta abominablemente. Su órgano es ronco y estropeado. De buena gana le diría que se calle; pero ¡limpia tan bien! Un poco de paciencia, hasta que concluye su tarea, y recoge con cuidado la basura para arrojarla al platanar.

Este es el estercolero del pueblo, á donde se echan todos los restos vegetales y animales: así no es extraño que el platanar prospere maravillosamente con tan graso humus. Los plátanos que se obtienen son de primera calidad. ¿Por qué quejarse? el hedor nada tiene que ver con el gusto, y los basureros de París no son más delicados en sus procedimientos. Los hortelanos en todas partes son los mismos, ¿no es cierto?

Las seis: decididamente es hora de levantarse: hoy es domingo, y celebraremos la santa Misa. Yo la digo primero. A la del P. Monnier, algo más tarde, se convoca á todos los habitantes.

Empieza; un centenar de personas asiste á los santos Misterios. El silencio es absoluto: este altar, estos ornamentos, ¿no son acaso objeto del mayor asombro? Probablemente nunca volverán á verlos tan ricos. ¡Y sin embargo, ¡ay! no son muy brillantes nuestras vestiduras sacerdotales! ¡todas raídas! ¡Miseria y compañía! ¡el rojo se ha desteñido! el morado no ha querido ser menos, y ¿qué diré del negro? ¡qué desbandada!

Oyese la Misa con gran recogimiento. Desde el principio entono uno de los cánticos pahuinos compuestos por el P. Lejeune y otros Padres de la Misión. Redúcese á la traducción de nuestras antiguas coplas, de esos aires sencillos y populares, que cantábamos en otro tiempo en los bancos del catecismo.

El «Yo soy cristiano» hace furor; y gusta mucho también «El cielo es el precio de la virtud.» Quizá prefieren sin embargo: «Prometí, Señor, en el bautismo,» ó también: «Bendigamos para siempre (1).» El oído fino y musical de nuestros oyentes aprende pronto el ritmo y la medida: á la segunda ó tercera copla, todo el mundo á coro repite con nosotros el estribillo.

El negro, en efecto, es en alto grado músico. Para él seguir la medida y aprender un canto es cosa de juego. Días enteros, en piragua sobre todo, cantará sin cansarse: nada más propio para activar la marcha, para hacer adelantar pronto y bien la piragua: con el canto los músculos se extienden y cobran fuerza los brazos.

Así, en nuestras escuelas, cuando se trata de formar una banda instrumental ninguna necesidad hay de escoger á los más capaces: todos sirven. Sólo la talla y

la fuerza deciden de la elección de los instrumentos. A los pequeños se confía la flauta y el cornetín; á los medianos, los altos y barítonos; y á los buenos mozos y de ancho pecho y de fuerte embocadura, los bajos retumbantes. ¡Adelante con la música!

Concluida la Misa hubo conferencia como de costumbre, que fué larga, pues lo mismo que en nuestras asambleas francesas, de todas partes se cruzaban preguntas, interrupciones, respuestas. Era un juego graneado.

Uno aulla, otro pide con todas sus fuerzas una aclaración, éste toma aparte á su vecino, otro le tira por el brazo. Todo el mundo habla á la vez, y el catequista grita más fuerte que los demás.

Un accidente imprevisto hizo levantar la sesión: de todas partes se oyen disparos de fusil.

¿Qué ocurre?

¿Una alarma? ¿un ataque?

¡No! hace pocas semanas gente extraña había robado una mujer, y la condujo á cuatro jornadas lejos. Algunos negros partieron en su busca, y hoy la vuelven triunfalmente: el pueblo está de fiesta y la pólvora tiene la palabra.

¡Ah! es que, en efecto, aquí la mujer es una mercancía de precio. El hombre rico, que posee fusiles y mercaderías, gusta poco de tener improductivas sus riquezas en casa. Un buen paisano de nuestra vieja Francia que tiene dinero sobrante, se apresura á colocarlo á interés, para que le produzca renta. ¡Esto está bien y es prudente! ¿Quién puede reprobarlo?

Pues bien, el pahuino, el hombre de la naturaleza, no solamente imita, sino que aún excede á su hermano civilizado. Coloca él también su dinero, pero á interés compuesto: compra una mujer que trabaja.

*Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci...*

Hace sudar su dinero, forzoso es decirlo, mientras él... está tomando el sol. Por desgracia sucede que algún negro socialista (¡también los hay por aquí!), pasando el azar, dicese á sí mismo que le llegó su turno de ser rico, y arrebató la mujer originándose interminable guerra.

¡Ah! mujeres de Francia, en nombre de la Virgen que cooperó á la salvación del mundo y es el honor de vuestro sexo; en nombre de la Virgen, Reina de nuestra patria, y de la que tantas de vosotras se complacen en llevar el nombre, acudid, sí, acudid en auxilio de vuestra pobre hermana negra.

Reflexionad en su abyección vosotras que vivís dichosas y consideradas, honradas en vuestra maternidad, honradas en vuestra dignidad de esposa y de madre. Contemplad á vuestros hijos, y recordad que lejos en esos climas abrasadores de Africa, hay también mujeres, hijas, esposas y madres, que tienen también hijos á quienes aman, pero sin poseerlos; que son madres, pero que se quedan sin hijos, por pasar á propiedad del último y más oferente postor. ¡Ea, en nombre de la Virgen Madre, ayudadnos á restablecer la mujer negra

(1) Creo gustará á mis lectores que transcriba el siguiente cántico pahuino:

*Anam a nég'e bur  
Ma négé ne né ntém wam (bis)  
Miusissim nég'éga Anam.  
Miusissim mi ne é dz'ó  
Melu méség'ésé  
Sémég' ésa bur bésé.  
Nza ve bo bibora?  
Ne mengo ne bitu?  
Anam étam ésa wa!*



en el rango que le señaló el Criador! Vosotras nos ayudaréis en nuestra obra de regeneración de la familia, obra patriótica y noble, obra meritoria para Cristo y para la vida que no tendrá fin.

## XV

## Tocado y cocina en país negro

En esta aldea oculta en el bosque he hallado uno de los más curiosos tocados de mujer que vi jamás.

¿Queréis hacer feliz á una mujer de estos países? Ofrecedle esos botones de camisa, esos sencillos botones de pasta que cuestan pocos céntimos la docena.

Cuando han reunido de ellos cierta cantidad, llegó el momento de emplearlos. Atención: dos matronas ponen manos á la obra: una se pone en cuclillas, teniendo un trozo de espejo descantillado, ¿qué importa? siempre se ve en él un rostro, muy bello ciertamente, por lo menos á los ojos de la propietaria. Después de todo la belleza es una cosa relativa, y hace mucho tiempo que el bueno de La Fontaine escribía no sin razón: «Mis pequeños son lindos...»

Decía, pues, que una de nuestras bellezas se pone en cuclillas: otra se coloca detrás de ella, y armada con un peine de madera de dos ó tres dientes suda el quilo tratando de desenredar aquel enmarañado bosque de cabellos, cada uno de los cuales se ensortija con todos sus hermanos y vecinos. En dos horas, á veces más, á veces menos, queda terminada la operación, y entonces empieza la obra magna.

Cogiendo delicadamente un botón entre el pulgar y el índice, la peinadora introduce en él un cabello, luego dos y tres y cuatro de la víctima, anudándolos.

De nuevo cada cabello recibe una perla roja, otra azul, otra blanca y más, según se quiere: otra perla reúne en seguida dos cabellos, y por fin una última corona el edificio juntando las cuatro. La obra maestra de paciencia continúa así hasta que toda la cabeza está literalmente cosida, cubierta de perlas y botoncitos blancos. Entonces sólo falta (pues no vayáis á creer que estaba todo concluido) tomar entre cada botón el mechoncito de cabellos que resta libre, para adornarlo con cuatro ó cinco hileras de perlas; luego, por medio de hilos delicadamente sujetos, se hacen pendientes por todos lados: dos cuelgan por delante en torno de la nariz, haciendo sonido y agitándose á cada movimiento. He aquí en el pueblo de Evore-d'Hule el colmo de la coquetería femenina, el *summum* del arte de peluquería indígena.

La gran ventaja de este pintoresco tocado es primeramente servir perpetuamente de parasol ó sombrero. Luego, con esta especie de trenzas nuestras damas indígenas no pierden todas las mañanas un tiempo precioso en peinarse: larga es la operación, pero su duración está garantida. Lo malo es cuando estas señoras quedan viudas ó pierden un próximo pariente. Entonces ¡ay! ¡adiós perlas y botones brillantes! ¡adiós trenzas y tirabuzones! ¡belleza coqueta, adiós! hay que quitarlo todo: así lo quiere la moda inexorable, la costumbre tiránica. De nuevo tiene que ponerse á los piés de una matrona, y con lágrimas en los ojos, la bella ve desmoronarse perla tras perla, botón tras botón, nudo por

nudo el sabio edificio, armonioso conjunto tanto tiempo soñado y tan pacientemente sufrido.

En lo sucesivo no pudiendo, como en Francia, cubrirse el rostro con un largo velo de luto, vuestra hermana negra, señoras, dejará que su cabellera crezca y se enmarañe á voluntad, sin que cuide de ella en más de un año.

¿Las consecuencias?

¡Véalo quien quiera forrajear allí dentro!...

En este pueblo muchos niños hubieran querido seguirnos. Por desdicha, siempre tengo que dar la misma respuesta:

—Aguardad, aguardad un poco más.

¿Cuándo, cuándo llegará el día que las puertas de la Misión puedan abrirse á todos esos hambrientos de Cristianismo, de Religión y de ciencia?

Al partir, el jefe viene á presentarnos sus homenajes y regalos. Desde la víspera sus mujeres están ocupadas en prepararnos una gallina al estilo indígena.

Después de muerto, depositan el volátil en un almi-rez, y lo machacan hasta quedar hecho una papilla, en que hasta los huesos pequeños están reducidos á imperceptible polvo. Luego mezclan alféncigos asados y también cuidadosamente molidos. Cuando la masa forma una pasta homogénea, la envuelven en hojas de plátano, y la cuecen al vapor de agua. Este es uno de los platos de la cocina indígena más apetecidos.

Preguntaréis: «¿Es esto sabroso para un europeo?» Nosotros, que hace quince días sólo vivimos de conservas, á causa del contraste lo hemos hallado delicioso. En tiempo ordinario, es... bueno. Aviso á nuestras cocineras de Europa. Apostaría que al condimentar las gallinas aún no les ha pasado por las mientes emplear esta salsa indígena.

Uno de nuestros cristianos nos ofrece otro manjar muy apreciado de los golosos... indígenas y aun de buen número de europeos. Es el *ngondo* ó *ngon*, por otro nombre puré de pepitas de calabaza. Por lo demás pudiera denominársele con razón, «el plato nacional de los pahuinos», pues en la estación propicia en cada aldea, en cada choza, compiten á quién hará de él más consumo. ¡Pacífica contienda!

¿Cómo se prepara?

La cuestión puede interesar á más de una buena cocinera de Francia, en donde, como es sabido, no son raras las calabazas.

Recógense, pues, pepitas de calabaza, se las expone al sol para que se sequen, y luego las abren. Hecho esto, las pasan ligeramente por el fuego y las aplastan en un plato de madera por medio de una piedra redonda. Entonces sólo falta envolverlas en hojas de plátano, y cocerlas á la brasa ó al vapor de agua. Mézclase generalmente carne ó pescado á este manjar, y así resulta exquisito, sobre todo si se le echa pimienta.

¡Oh, pimienta! ¡cuánto más hay, mejor! el plato en este caso es, no mejor, sino excelente. La carne de mono sazónada de esta suerte es muy buena aun para un paladar europeo.





ITALIA.—Claustro ó galería del célebre cementerio de Pisa

Salimos, por fin, del pueblo hospitalario de Evore-d'Hule, cuyo nombre, por ejemplo, está bonitamente escogido. Este nombre, en efecto, significa: «Estoy fatigado del viaje,» y á la verdad; que uno parta ó llegue, puede muy bien repetir: Evore-d'Hule.

¡Bien por la aldea en donde fuimos tan bien recibidos!

## DE TOMBUCTU Á LAS BOCAS DEL NIGER

CON LA EXPEDICIÓN HOURST

### II

De Rhergo á Ansongo.—Entre los tuaregs

(Continuación)

**E**L 29 de Febrero, fecha memorable desde todos los puntos de vista, levamos el ancla solemnemente, con el presentimiento de que debían desarrollarse graves sucesos.

Dejamos detrás de nosotros dos masas peñascosas aisladas en el lecho del río, que se llaman al parecer, Baror y Chalar. Nadie en el país conoce estas denominaciones; pero el *tío* de la expedición hidrográfica, Barth, se lo dió, y nuestro *tío* está siempre bien informado: conservemos los nombres. Si con el tiempo una flotilla del Niger viene á ocupar estos parajes, las pobres rocas están bien seguras de trocarse en «estribor» y «babor;» esto las civilizará.

Pasando un recodo del río nos encontramos en Tos-

saye, paso imponente, de unos cincuenta metros de largo por ochenta de ancho. A uno y otro extremo hay un caos de rocas que parecen ruínas, pero no vimos ni una sola cabeza de targui. El río mismo ninguna dificultad ofrece en esta estación: buena profundidad, y corriente tranquila. Franqueamos el desfiladero, casi desencantados por no haber encontrado nada anormal.

Paciencia; en lugar del drama esperado, no faltó comedia; en seguida tendremos ejercicios de circo. Dos jinetes aparecen en la orilla derecha, nos dan el ¡quién vive! y nos hacen señales agitando un papel. Como medida de precaución el «Aube» y el «Dantec» echan anclas y se colocan de suerte que puedan barrer en caso de ataque el flanco de la duna. El «Davoust» se acerca á la orilla, y los dos jinetes aproximándosele sujetan la carta al extremo de una lanza, y se atrincheran prudentemente detrás de una roca. La carta es de Jounes, jefe de los tademekkets, y contiene lo que sigue:

«Jounes al comandante de los buques de los franceses, mil saludos, testimonios de honor y deseos de larga vida.

«Me has anunciado tu intento de pasar el río para ir más lejos. Yo te contesto: Vosotros sois cristianos y nosotros musulmanes. Nada hay, pues, de común entre nosotros. Vuélvete á Tombuctu; pues si te obstinases en continuar, te haríamos la guerra.

«Con todo, mil saludos.»

Los mensajeros esperaban sin duda una explosión de



cólera ó una profunda inquietud. Viendo que su simple mensaje era recibido con general chacota, uno de ellos se atrevió á presentar progresivamente primero su nariz, luego la cabeza y al fin todo el cuerpo, y gritó:

— ¡Comandante! ¿no vas á darme un pantalón?

— Tengo muchos pantalones para dar, respondió el jefe; pero á personas que son bastante diestras para hacérselos ofrecer, y no á necios que se portan tan torpemente como vosotros.

La carta, en efecto, con aquel pretexto religioso, no podía ser seria de parte de un targui, y proseguimos la marcha.

Los dos jinetes subieron la duna, y pronto reaparecieron con otros. Diez, luego veinte y cincuenta jinetes nos seguían agitando sus escudos sobre sus cabezas, é hiriéndolas con sus lanzas. Acercábanse á la orilla del río como para desafiarnos: lanzaban multitud de fanfarronadas y provocaciones, sin que sus gritos nos turbasen ni impidiesen hacer concienzudamente el trabajo de hidrografía. Así seguimos hasta el anocheecer.

El comandante escogió para echar el ancla una isleta desierta y frondosa, precisamente á la vista del campamento de los indígenas. Hombres, mujeres y niños estaban agrupados en la orilla, dando gritos y mirándonos curiosamente, sin que sospechasen cuánto nos divertían.

La misma escena se repitió el día siguiente: indígenas á caballo ó en meharis, peatones, iban y venían por la orilla derecha. Al amanecer los jinetes se lucieron mucho; por desdicha á las diez encontraron un campamento, y para darse en espectáculo á las damas, hicieron una fantasía y caracolearon, lo que acabó de cansar á los caballos; así es que al medio día tuvieron que llevarlos penosamente de la brida.

Después de los tademekkets nos hallamos entre los tingeregedecks, que continúan las mismas payasadas con nuevo brío, hasta que se cansaron. Mientras que los jinetes bajaban en grupos á la villa de la ribera, nosotros nos detuvimos en la isla de Baria. Los negros de la población nos llamaron; y aun muchos pasaron en piragua el brazo del río poco profundo que les separaba de Baria, y nos invitaron á anclar en su muelle, donde sería más fácil proveer á nuestras necesidades: singular diligencia por su parte. De los tuaregs que vimos ocupar el pueblo, no se cuidaron poco ni mucho, deservitura realmente extraordinaria entre los negros.

Después de ellos, y vista nuestra negativa de abandonar la isla, vino un pretendido jefe de pueblo, de tez muy clara, casi blanca, y el rostro cuidadosamente cubierto. Este buen gabibé continuamente se deslizaba á hablar tamachek, y esforzábale por expresarse en songhai. Además, nos trajo una calabaza de leche fresca, que, puesta al fuego para hacerla hervir, se agrió inmediatamente. En fin, mientras que nuestros hombres andaban atareados en la cocina, oyóse súbitamente un gran tumulto de agua agitada, como si numerosos animales entrasen en la corriente del río: en un segundo tomamos las armas, y ese ruido, que aumentaba y parecía acercarse, disminuyó alejándose, y se extinguió

bruscamente. ¿Era caballería? ¿Eran bueyes, como se nos dijo, sin que lo preguntásemos? No lo hemos sabido.

El día siguiente, antes de que emprendiésemos la marcha, este pueblo que nos hacía tantos obsequios, nos envió nuevas calabazas de leche, que arrojamos al agua. Empezábamos á comprender que los tingeregedecks abusaban verdaderamente de nuestra paciencia, y que era conveniente darles alguna lección á fin de calmarles. En efecto, al acercarnos por la tarde á un pueblo pidiendo un guía, nos contestaron que estaba prohibido por los tuaregs, quienes, agrupados á pocos centenares de metros, batían su tambor de guerra. Después de aguardar más de una hora, las gentes del pueblo nos declararon que nada obtendríamos, y que si queríamos emplear la fuerza nuestras armas serían inútiles, pues gracias á los conjuros de los morabitos Kel-Essuks, no saldrían los tiros. Entonces el comandante, para dar una lección á aquellos locos, les previno que no haría daño á nadie, pero á fin de demostrarles que los tiros salen, envió un obús por encima las cabezas de los tuaregs. Al silbido del proyectil el *tambor de guerra* enmudeció súbitamente, y los bravos se quedaron quedos. Francamente, esos manejos de los tuaregs les desconceptuaba; les hubiéramos querido más dignos. La presencia y excitación de los Kel-Essuks se hacían sensibles por los gritos de: *La ilah ila Allah*. Era la guerra santa; tratábanos como simples infieles; yo contestaba interiormente: *Noli ultra permittere ut Filius tuus ab infidelibus contemnatur*. (¡Señor, no permitáis que vuestro Hijo sea menospreciado por los infieles!)

En fin, al cuarto día de tan fastidiosa como pesada comedia, un jinete, de buena apariencia y montado en soberbio caballo negro, acercóse á toda brida á la multitud tumultuosa, y recorrió sucesivamente sus diversos grupos. A medida que hablaba, los hombres enmudecían y retirábanse: al poco tiempo toda la gente desapareció detrás de las dunas. Más tarde supimos que era un enviado de Madidu, que les dijo de su parte:

— No os corresponde á vosotros hacer la paz ó la guerra con estos extranjeros: yo únicamente soy juez del caso. Les espero en Gao. Si los encuentro dignos de la paz, la tendrán, y yo recibiré sus regalos: si me parece que hay que combatirlos, estoy dispuesto á ello. Vosotros no digáis una palabra ni deis un paso más.

Si la llave del éxito era Kagha, en Gao estaba la cerradura: ahora íbamos á ver si era buena nuestra llave. Madidu nos aguardaba con fuerza de caballería cuyo número era difícil calcular, pero que no bajaba de algunos centenares de guerreros.

No nos fué posible examinar al por menor la antigua capital del imperio songhai, de la que sólo queda, por lo demás, una parte de la mezquita, como en el tiempo en que la visitó el *tío Barth*: la descripción que da de ella es todavía al presente de la más perfecta exactitud.

A instancias del jefe de la ciudad, fuimos á tomar posesión de una isla, un poco más abajo de la ciudad, y que por unanimidad denominamos Ganthiot, en honor



del generoso secretario general de la Sociedad de Geografía comercial de París, á quien debe mucho la expedición Hourst.

Apenas instalados recibimos al representante del jefe, es decir, á su herrero, con una escolta respetable, entre la cual felizmente se hallaba un jóven árabe inteligente y asaz diestro para servir de intérprete y poner al servicio de nuestra causa su propia influencia sobre Madidu y su séquito. Hablamos largamente del *tío* del comandante, y por consiguiente *tío* de todos, á quien había protegido el padre de Madidu. Todos habían conocido á Abdel Kerim, todos habían viajado con él. El comandante les escuchó benigno, y entregó á cada uno un regalito en recuerdo del querido *tío*, «que en efecto le había hablado de ellos.»

Conversando se despierta la memoria y se dilata el corazón; mas los jinetes de la opuesta orilla se agitan é impacientan. Los plenipotenciarios comprenden que es preciso transmitirles noticias, pues desean una respuesta categórica.

—En suma, ¿qué es lo que venís á hacer aquí? Esto es lo que Madidu quiere saber exactamente.

—Venimos simplemente á ofrecerles vivir en buena armonía con nosotros, frecuentarnos mutuamente, y comerciar con Tombuctu con toda seguridad. ¿Conocéis á los tuaregs-azdjer?

—Ciertamente. ¿Quién no conoce á El-hadj Ikhenukhen y su hijo Sidi Mokhammed que acaba de morir?

—Pues bien, tenemos con ellos hace cuarenta años los compromisos recíprocos que os proponemos. Aquí los tenéis por escrito: lleváoslos; discutidlos juntos, examinadlos, y nos daréis la respuesta: esto es todo lo que queremos. Si no lo aceptáis, no por eso habrá guerra; solamente continuaremos siendo extranjeros en vez de ser buenos vecinos.

Dicho esto les di un ejemplar del tratado de Ghadamés, que no sé por qué casualidad hallé entre mis papeles.

Madidu, que no deseaba otra cosa que ser convencido, nos mandó luego su respuesta, concebida en estos términos:

«Sólo aguardo una cosa para aceptar vuestras proposiciones, quiero ver el regalo que me destináis. Por él juzgaré, finalmente, de la sinceridad de vuestros sentimientos.

—Mi *tío*, respondió el comandante, ofreció á El-Khotbab, padre de Madidu, un caballo que trajo de Tombuctu. Natural es que yo complete el regalo ofreciendo la silla. Aquí la tenéis: vale tanto como el caballo.

La silla era de terciopelo verde bordado de oro, con brida y estribos dorados del más brillante efecto. Completaba el regio presente telas y dijes correspondientes á la dignidad de cada uno de los personajes del séquito del *amenokal*. Ciertamente nunca se había visto un targui dueño de semejante tesoro.

Así el regreso de la piragua fué saludado con transportes de entusiasmo: vimos que Madidu entretenía á sus mensajeros, que no tardaron en volver para transmitir las palabras del jefe.

Madidu os dice: «Ahora veo claramente que sois verdaderos amigos, pues habéis entregado vuestro regalo antes de saber si os daría la paz ó la guerra.» Madidu os dice: «Desde aquí hasta Sansón-Hussa, mando y soy obedecido. Podréis continuar vuestro viaje por agua ó por tierra, como os plazca. Iréis á Say ó á Sokoto á vuestra elección. En todas partes hallaréis á vuestro paso guías y víveres á vuestra voluntad. Nadie os molestará. Si algún mal os sucede, será que el cielo os lo envía, pues de la tierra yo respondo. Partid cuando gustéis: yo velaré por vosotros hasta los límites de mi territorio.»

Y su herrero añadió:

—¿Veis aquel guerrero en pie sobre sus estribos, y que balancea su escudo sobre su cabeza? Es Madidu, que estrena su silla y os da las gracias.

Como cumplimiento inmediato de sus promesas, Madidu hizo que sus guerreros evacuasen á Gao antes que él partiese. Sabía muy bien que eran exigentes, y no quería que viniesen á molestarnos con sus peticiones, ocasionando algún rompimiento.

Ocioso es decir cuán grande fué nuestra gratitud y las gracias que dimos al cielo por el feliz éxito de esta negociación. Era la justa recompensa de la moderación y prudencia con que el comandante había suportado las provocaciones de los días precedentes. Dejarse insultar cuando hubiera bastado una señal para ametrallar á los culpables, y tener paciencia por espíritu de deber, para alcanzar un fin noble, en vez de aliviar sus nervios, parece de lejos bastante natural; pero no es lo mismo cuando se sufre la prueba, cuando uno se siente exasperado, cuando uno debe no sólo contenerse á sí mismo, sino inspirar confianza á la tripulación, que pudiera creerse víctima de la pusilanimidad del jefe. Confieso que en aquella circunstancia encontré admirables á mis compañeros de viaje, y de un heroísmo más verdadero que aquel que se exalta en el fuego de la batalla. Cuando se es militar y se cuentan veinticinco ó treinta años, es cien veces más costoso y por consiguiente más grande, permanecer impasible que herir.

Gracias á Dios podíamos ya partir contando en lo sucesivo con la buena amistad que se nos había ofrecido, garantida por la palabra de honor de un verdadero jefe; considerando, por consiguiente, con mayor tranquilidad la continuación del viaje, que, á pesar de los trabajos inevitables, se hacía en excelentes condiciones. La mano de Dios, que nos guiaba, no nos imponía más peso del que podíamos soportar. Ante la mala voluntad de algunos agitadores, teníamos un río libre en donde éramos intangibles, y víveres para dos meses en la cala, que nos permitían volver la espalda á los poco tratables. La protección divina nos conciliaba las buenas disposiciones de un jefe poderoso, en el preciso momento en que nos eran absolutamente indispensables: tres días más tarde, en efecto, en la isla de Ansongo, nos encontramos en frente de la primera barrera de rocas. En adelante tendremos que luchar con dificultades de nuevo género y en medio de las cuales un puñado de hombres armados con piedras hubieran bastado para arrebatarnos vida y bienes.





Agujas para la cabeza  
hechas de marfil es-  
culturado.

Pendientes de perlas.

Fruto rojo. Los Bemvo-  
gué; adorno femenino:  
los frutos cuelgan so-  
bre los oídos.

Peine de marfil ó madera.

ADORNOS QUE USAN LAS MUJERES EN EVORE-D' HULE. (Pág. 496)

### III

#### De Ansongo á Say.—En las rápidas

Syrtes doloras amore

Ansongo es una isla perteneciente al Kel-es-fouk. Indudable es que en honor nuestro El-Mekki, jefe de numerosa tribu, residía temporalmente en ella: es dicho jefe uno de los consejeros más influyentes de Madi-du, y forzoso es que así sea, puesto que estos bravos iliteratos en sus relaciones epistolares están por completo á voluntad de los morabitos: éstos escriben lo que se les antoja, y dan cuenta de las cartas recibidas como bien les parece y sin temor de censura.

Parece ser que El-Mekki estaba encargado de encaminarnos por vez postrera, y precisar los últimos detalles de la conducta que con nosotros deberían observar. Presentáronse algunos obstáculos debidos á la locura ó mala voluntad de un negro indígena, que amenazaban sembrar cizaña entre las buenas relaciones que con ellos nos unían, pero al fin vencieron todos á satisfacción nuestra.

Algunos centenares de metros distantes de la isla, principiamos la larga serie de accidentes que iban á ser nuestra distracción durante un mes.

El brazo de mar que separa Ansongo de la orilla derecha, no es navegable ni aun para piragua. A la izquierda, entre Ansongo y otra isla pequeña, un no interrumpido banco de rocas for-

ma hermosa cascada. Por último, á la izquierda de esta segunda isla existe un estrecho canal erizado de escollos, única ruta por donde tal vez consigamos pasar. Intentóse, y los ensayos no dieron ni con mucho brillantes resultados. El «Davoust» portóse bastante bien. La corriente no era muy fuerte, y seguimos avanzando con grandes precauciones al igual que si navegáramos sobre fríos cristales.

El «Aube», con escrupulosa conciencia de sus deberes de buque hidrográfico, iba de un escollo á otro escollo reconociéndolos todos. Uno de sus marineros cayó al agua, y preciso fué sostener verdadero combate para lograr salvarle de un caimán. Nuestra situación empezaba á ser angustiosa, y esta primera experiencia demostró que no bastaba al «Aube» seguir fielmente la estela del «Davoust», primero porque su calado era algo mayor, y además y muy especialmente, porque carecíamos de un Digui que empuñara el timón. Pero los Diguis no se encuentran á docenas; por dichoso se puede darse quien cuenta con uno. Careciendo, pues, de timonel tan excelente, preciso era que Digui se multiplicara, y en efecto, marcha embarcado en piragua delante de todos reconociendo los pasos, acompañado al principio del comandante y de M. Baudry, y solo después: viene luego á tomar el gobierno del «Davoust», logra hacerlo pasar, y regresa acto seguido embarcado en su piragua á buscar el «Aube» y guiarlo también por el peligroso paso: después reembarca en la piragua, recorre uno ó dos kilómetros, continuando sus idas y venidas hasta el fin sin mostrar fatiga, zozobrando, yéndose á pique y conservando siempre su buen humor, su energía, su inteligente mirada y su heroico valor.

«La Providencia, decía M. Hourst á la Sorbonne, ha dado durante un mes una docena de milagros diarios para salvarnos.»

Y el medio del cual especialmente sirvió Dios, fué darnos y conservarnos á Digui.



SUDÁN FRANCÉS.—Campos inundados al Este de Tombuctu



Estamos á la vista de Bouré. La ciudad extiéndese á la derecha en un recodo del canal, rodeado por una colina que divisamos, coronado por un bosque de lanzas: lo forman más de mil hombres armados que indudablemente esperan los acontecimientos.

Abstuvieron de hacer la menor demostración: no pueden llamarse enemigos á estas gentes; expresé mejor su manera de ser llamándolas escépticas: ser fuertes y no abusar de su fuerza paréceles tan inconcebible absurdo, que sólo á medias creen las seguridades que les dió Madidu, y permanecen siempre preparados. El jefe de Bouré Haim, vino á bordo, y siguiendo las indicaciones de El-Mekki, púsose á nuestras órdenes, ofreciéndose para personalmente hacernos de guía. El grupo de los guerreros divisábase á poca distancia, y luego lo vimos descender de la colina cual inmenso alud humano: juntáronseles mujeres y niños, y tomando por asalto sus piraguas venían á juntarse con nosotros, pudiendo decirse que eran cual áncoras al rededor de los buques que tripulábamos: llegan, dannos los buenos días, y márchanse luego llevándose un recuerdo del paso de aquellos tan extraordinarios blancos: sortijas, peines, una perla, dales inconcebible alegría, entusiasmo delirante: toda la tribu de los ioghas se ha reunido á nuestro alrededor con sus Bellés y los miembros todos de sus familias. ¡Cuán distinta fué la conducta por éstos observada de la de sus hermanos de Gao! Partimos escoltados desde ambas orillas, y escoltados por las piraguas que nos preceden, llegamos al breve tiempo á la ciudad donde reside Idris, rey de este archipiélago, muy respetado de los tuaregs.

## BOSQUEJO HISTÓRICO

DEL ACTUAL ESTADO DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN EL NORTE DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, POR EL PREFECTO APOSTÓLICO DE LAS MISIONES, FR. VICENTE CALONI.

### Templo de San Javier.

**E**STE templo, rodeado de una hermosa quinta de cien metros de frente por igual de fondo, tiene treinta y cinco metros de largo, ocho de ancho y once de alto, con una fachada de quince metros de ancho, y una torre de veintidós metros de alto.

A cada costado del templo hay treinta y cinco metros de edificio, que sirve momentáneamente de habitación á los Padres misioneros y escuela de niños.

Este edificio podrá utilizarse para el culto así que se franqueen los arcos que dividen á la iglesia de las habitaciones, y por este medio tendremos una hermosa iglesia de tres naves.

Este edificio y el templo están techados con tejuelas abajo y tejas francesas por encima; el armazón del techo es de pinotea.

El interior del templo no puede ser mejor. Su gran altar de madera, todo dorado, con sus seis nichos, con hermosas estatuas traídas de Alemania, como son: San Antonio, la Purísima, la Virgen de la Merced y San Francisco Javier. Su púlpito, también dorado, como asimismo el altar de la Virgen de los Dolores, despierta un no sé qué de admiración.

Lo necesario para el culto es de calidad superior, como son: candeleros, pluviales, casullas, cálices, custodias, etc.

Este templo fué construido por el ya mencionado exprefecto Fr. Antonio Rossi. Se empezó el 18 de Mayo de 1874, y se concluyó el 78.

Se halla en el grado 31 de latitud Sud.

Las comunicaciones entre San Javier con el resto del mundo, se hace por vía fluvial, cuando el río está crecido, y por tierra con cuatro diligencias correos: la primera sale de la ciudad de Santa Fe, pasa por Santa Rosa, Cayastá y Helvecia, hasta San Javier: una segunda sale de ésta á La Paz, entre las islas cuando está el río bajo: una tercera de San Javier, á la estación de tren *Escalada*, atravesando los Saladillos. En tiempo de seca este camino es algo transitable, pero en tiempo de lluvia ni al más desgraciado del mundo le aconsejaría ese viaje: basta decir que hay que hacer un camino de catorce leguas casi siempre en dos cuartas de agua de alto, entre un terreno fofo y lleno de tacurús, y si á esto se añade que los saladillos Amargo y Dulce estén crecidos, entonces la tragedia es completa. Una cuarta sale de San Javier á Reconquista, pasando por las colonias Galense, California, Alejandra y Malabrigo.

La población de San Javier es pastoril, agrícola y comercial: es comercial la planta urbana del pueblo; agrícola por las colonias que posee; pastoril por el mucho terreno bajo que tiene. De esta clase son las colonias California, Alejandra y Malabrigo sobre la costa del San Javier, en razón de que para los unos el terreno no sirve para agricultura, y para los otros por falta de comunicación de transporte.

La sementera principal es de maní y lino, que se cosecha en grandes cantidades. La extensión de su territorio es de veintiocho leguas de largo, de ocho á nueve de ancho, incluso el terreno que se llama *bañado ó Saladillo*; pero el terreno bueno para la sementera es de media á tres cuartos de legua de ancho, como ya he dicho hablando de Santa Rosa, Cayastá, Helvecia: de manera que desde Santa Rosa hasta Malabrigo, el terreno bueno para la agricultura es una verdadera lengua de tierra.

Como este departamento es rico en hacienda, se siente menos el año de mala cosecha, sin embargo, la invasión del insecto destructor. El carácter moral de la población de San Javier, tanto indígena, criolla y extranjera, es activa, trabajadora y moral; de manera que los vicios que se notan en otras Reducciones no existen. Nuestros indios tienen sus solares en el pueblo, sus chacras y varias estaciones ganaderas.

## XX

### Nuestra Reducción de San Martín

Esta Reducción indígena dista de San Javier diez leguas en dirección al Oeste; se puede ir á ella por mensajería hasta la Colonia Escalada, atravesando los Saladillos; de ésta con el tren á Crespo; y de ésta en una hora de mensajería á San Martín; pero esta vuelta es demasiado larga: la más corta, es ir directamente á caballo ó en algún carro, si uno tiene buenas entrañas,



y conoce bien los pasos de las cañadas y de los arroyos; diversamente está expuesto que quede empantanado con el caballo ó un terrible tacurú le diga: ¡Alto; por aquí no se pasa! esto se entiende en tiempo de seca. En tiempo de lluvia, es otro cantar: hay que hacer ocho ó nueve leguas de puras aguas: y éstas debe hacerlas á paso de caballo y tener prontas canoas, para pasar los Saladillos.

Nuestros Padres misioneros en sus comunicaciones de una Reducción á otra más de una vez han tenido que hacer esos caminos y dormir sobre el caballo á falta de terreno donde descansar y pasar la noche, por no haber podido llegar á su destino.

Al presente, el que suscribe en unión con el señor D. Vital Ocampo, y demás vecinos, han construido un puente sobre el Saladillo «Amargo,» por lo que á la vez que se facilita el paso, se acorta también el camino.

Para la construcción de ese puente, que es de unos doce metros de largo, se improvisó un *martinet* de madera de ñandubay, se formó una cabria, y con una rondana y largo cable, se levantaba á una altura de cinco metros; y repentinamente se soltaba, sobre las vigas ñandubay, que debían sostener el puente.

Con esta operación, el primer día se clavaron en el lecho del río seis vigas, y las demás el día siguiente. Como se trataba de una obra de beneficio público, el vecindario de San Martín acudió en número de cincuenta personas: unos se zambullían en el agua á modo de buzos, otros sujetaban las vigas firmes, y otros trabajaban con el *martinet* indicado: reforzados todos con una buena carne con cuero.

La madera fuerte de quebrach y ñandubay, se sacó del monte de la Reducción; y los tirantes y las tablas de pinotea se trajeron de Santa Fe.

Esta Reducción se fundó el 69 en un lugar muy bajo; rodeado por el Sud Este y Oeste de agua: hubo de formarse así por la gran multitud de indios salvajes que fácilmente la hubieran destruido, y las fuerzas nacionales difícilmente la hubieran podido defender.

El año 89 y se convino con el Gobierno en dar nueva forma á esa población; se midió el campo en concesiones, se delineó un nuevo pueblo de mejores condiciones higiénicas y de mayor porvenir.

Para la formación de esa nueva población había hecho quemar cuarenta mil ladrillos, cavar un pozo, construir un rancho para vivienda del Padre misionero; ese rancho me servía de dormitorio, cocina y comedor; mientras construían la casa habitación del Padre misionero. Mi infatigable compañero en ese trabajo fué el virtuoso P. Jerónimo Marchetti.

## CRÓNICA

**Filipinas.**—De una carta fechada en Manila el 7 de Septiembre del corriente año y que acabamos de recibir, copiamos los siguientes párrafos que ponen de manifiesto el tristísimo estado en que actualmente se halla sumido aquel desgraciado país, tan pacífico, tan feliz y tan próspero, en tanto se mantuvo bajo la influencia de las Ordenes religiosas, y en tanto el Gobierno de nuestra desdichada nación impidió la nefasta propaganda masónica, maldita una, cien y mil veces de todo buen español; y tan des-

graciado hoy... hoy que están recogiendo los perniciosos frutos de largos años de la constante propaganda impía tolerada por nuestros Gobiernos, cuyos ojos cubiertos con venda fatal no acertaban á ver ni prever lo que todos augurábamos y temíamos... Quiera Dios apiadarse de nosotros... Dice así lo que de la carta copiamos:

«...Aquí las cosas se han puesto de tal manera, que si Dios no lo remedia, esto se va á toda posta... Los que hemos visto Filipinas hace más de trece años y la vemos ahora, no acabamos de contemplar tamaña transformación. Mas sabiendo que hace más de doce años que la propaganda del error se está haciendo con la mayor impunidad posible, ya nos estábamos esperando frutos, aunque no tan amargos á la verdad, pero sí duraderos, como lo serán si Dios no lo remedia.

«Con lo que acabo de manifestar á V. ya vislumbrará el estado de todas las instituciones, cómo andarán todas ellas, etc... Desde la llegada de los americanos y su condescendencia con los rebeldes, ya no es posible hacer cosa que sea de provecho. Si viera V. cómo están los españoles, y cuántas las humillaciones que se pasan, y las muchas rechiflas que nos dan á unos y otros... Nos ven vencidos y postergados... y como los indios no saben de achaque de nobleza, ya que jamás la pudieron heredar de sus abuelos, ahora todo se les va en desprecios y sarcasmos. Para nuestra sangre española, no hay aguante posible, no lo hay...

«En provincias hay más de 6,000 prisioneros entre soldados y otras personas civiles. Todos, por supuesto, no muy bien tratados, como era de esperar. Algunos indios tienen á gala el tener criados españoles; quiénes son cocheros, quiénes sirven á la mesa, unos son destinados á la labranza del campo, otros á los mil quehaceres domésticos y no domésticos. La gloria está en tener á los castillos como criados, caso nunca visto en estas tierras. ¿Qué le diré á V. de los pobres frailes que están prisioneros? Se les han hecho sufrir las mayores ignominias y barbaridades. En ellos se han cebado como en víctimas de su gusto especial. Unos iban casi desnudos por las calles de Malolos, Bulacán y otros pueblos, recogiendo las inmundicias con las manos, yendo detrás de ellos muchachos con bejucos y pegándoles sin compasión. Otros se les ve empleados en faenas duras, como el hacer leña, recomponer las calles, picando, piedra etc., etc. Ya ve V. cómo está este desgraciado país, un tiempo la región ansiada de los españoles y la envidia de todo el mundo. La maldita guerra nos ha traído á todos estos infortunios y otros más que no sabemos. Lo merecen todo esto nuestros pecados, y Dios quiera aún tener compasión de nuestra España.»



**Noticias varias.**—Copiamos de *El Correo Español* (17 de Octubre del 98):

«Otro mártir.

«Al número respetable de Religiosos que han sido villanamente asesinados por las hordas tagalas, hemos de añadir hoy, con gran sentimiento, el asesinato cometido en el pueblo de México, de la provincia de la Pampanga, en la persona de su párroco, el virtuoso Religioso agustino P. Fr. Juan Tarrero.

«Este Religioso, llevado de su interés por España y su soberanía, reveló al general Primo de Rivera, antes de la falsa paz de Biacnabató, los trabajos que los masones y filibusteros venían haciendo para derrocar el poder de España en aquel Archipiélago.

«Que Dios le haya recibido en su santo seno, con la corona del mártir, y suplicamos para el alma del infortunado agustino las plegarias de los católicos.»

—Tomamos de *La Ciudad de Dios*, n.º del 20 del pasado Octubre, lo siguiente: «Acaso por una prudencia excesiva nos hemos abstenido hasta ahora de ponderar los innumerables sacrificios que nuestros queridísimos hermanos de Filipinas han hecho en favor de los intereses de España y de la Religión durante las aciagas circunstancias por que ha pasado y está pasando aquel hermoso Archipiélago. Sólo el temor de que pareciesen interesados los elogios, nos ha hecho guardar silencio acerca de tan grandes ejem-



plos de virtud y patriotismo. No creemos, sin embargo, que estas consideraciones nos impidan consignar que por su distinguido comportamiento en la defensa de Manila han sido recompensados con la cruz de Isabel la Católica los Rdos. PP. agustinos fray Pablo Álvarez y Fr. Blas Barrios, y con la de Carlos III el reverendo P. Fr. Francisco Martín Girón, de la misma Orden.»

—Dice *El Correo Español* (25 del pasado Octubre):

«El P. Mariano Gil, descubridor del «Katipunán».

«Según nuestras noticias, se halla en Roma, donde acaba de llegar procedente de Filipinas, el M. Rdo. P. Fr. Mariano Gil, curapárroco de Tondo.

«Este Religioso agustino fué el descubridor del «Katipunán» del año 96, logrando con su actitud que se malograran los trabajos que la Masonería filibustera venía realizando para alzarse en armas, cuyo complot estaba á punto de estallar con aquella execrable bandera de asesinatos y de crímenes que distinguió al «Katipunán».

«El P. Mariano, que es como todo el mundo le llama, ha ido á la Ciudad Eterna á visitar al General de la Orden Agustiniense, y tal vez sea recibido en audiencia privada por Su Santidad, que tanto se ha interesado por el porvenir de la Iglesia en aquel Archipiélago.

«Es esperado en España muy en breve el bondadoso agustino, y su estancia en Madrid no se hará esperar.

«Damos la bienvenida al P. Mariano Gil, y le felicitamos por hallarse ya en Europa, libre de las asechanzas de los enemigos de España en Filipinas, que muchas veces intentaron asesinarle, siendo el último intento, el que habían preparado para el día en que embarcó en Manila, en su viaje á Hong-Kong y Europa.»

—Según leemos en la prensa diaria, muy pronto emprenderá el viaje para Roma con el objeto de ponerse al frente del Observatorio Astronómico del Vaticano, el M. R. P. Angel Rodríguez Prada, que ha sido llamado por el Emmo. Cardenal Rampolla para desempeñar dicho cargo. El P. Rodríguez, hijo del Colegio de Agustinos de Valladolid, de las Misiones de Filipinas, es bien conocido en España por sus profundos estudios sobre Astronomía y Meteorología. Es también miembro de la Sociedad Astronómica de Francia, y doctor en ciencias físico-matemáticas. Juzgamos por lo tanto muy acertada la elección de dicho Religioso para tan importante cargo, y esperamos de ella grandes bienes para la Religión y para la ciencia.

## VARIEDADES

EN NUESTRA PARTIDA DEL ESCORIAL

PARA LAS MISIONES DE FILIPINAS

(13 de Septiembre de 1889)

DESPEDIDA (I)

### I

Llegó la hora: potente  
Resuena la voz de Dios  
Que manda lanzarse en pos  
Del Lábaro refulgente;  
Del sacro pendón al frente  
Se ostenta deslumbrador

(1) El pensamiento que informa esta composición está inspirado en las noticias que, acerca del estado crítico de Filipinas, poseíamos cuando la escribimos. La manifestación de 1.º de Marzo del 88, los sucesos de Antique del mismo año, y la actividad con que ya en aquella fecha trabajaban las Sociedades secretas en su propaganda antirreligiosa y antiespañola, nos hacían presentir con claridad los acontecimientos que hoy lamentamos, y augurar para nosotros días terribles de prueba, de sacrificio y tal vez de martirio. Nuestros presentimientos desgraciadamente se

El signo de paz y amor,  
Que con su poder fecundo  
Logró derribar el mundo  
A los pies del Salvador.

### II

Una turba de bandidos (1)  
Quiere con furor y saña  
Arrancar á nuestra España  
Los laureles adquiridos;  
Fascinados sus sentidos  
Del oro por la pasión,  
No temen hacer traición  
A su patria y sus creencias,  
Ni mancillar sus conciencias  
Con tan horrendo borrón.

### III

Audaz el genio del mal  
Sale del antro profundo  
Y extiende por todo el mundo  
Su pabellón infernal;  
Con su poder sin igual  
Salta rápido la valla,  
Y atropella y avasalla  
Cuanto su paso detiene,  
Y con sus soldados viene  
A reñir ruda batalla.

### IV

¡Hermanos! los que conmigo  
Componéis el escuadrón  
Que ha de arrollar el pendón  
Del ejército enemigo;  
Protegidos al abrigo  
De la enseña del Calvario  
Ni ante el puñal del sicario  
Cederá nuestro valor,  
Ni ha de infundirnos temor  
Todo el infierno contrario.

### V

Parece que oigo vibrar  
Cual són de aguda trompeta,  
La voz del grande Urdaneta  
Y al combate convocar:  
¡Al combate! sin cesar  
Repite en ecos lejanos  
La voz de nuestros hermanos,  
Al ver con vivo dolor  
Que el fruto de su sudor  
Arrancan inicuas manos.

han cumplido, y la sangre de los misioneros de aquel año ha regado ya el ingrato suelo de Luzón. Una de las víctimas sacrificadas en Abril de este año por el furor de los *katipuneros*, ha sido el R. P. Hipólito Tejeder, queridísimo connovicio y compañero de Misión del que escribe estas líneas.

(1) Nos referimos á todos los que han sembrado en aquellas Islas el germen de la impiedad y del filibusterismo.



## VI

De aquesa voz el acento  
Fervorosos escuchemos,  
E intrépidos nos lancemos  
A aquel combate sangriento;  
Vamos con patrio ardimiento  
Por Dios, la sangre á verter,  
Que cada gota al caer  
Caliente en árido suelo,  
Hará brotar para el cielo  
Inmenso mar de placer.

## VII

Virgen graciosa y sin par  
A cuyo amoroso acento  
Detiene su curso el viento  
Y calla el revuelto mar:  
Mira que vamos á entrar  
En desesperada lucha;  
Contempla la fuerza mucha  
De aquesa raza blasfema (1),  
Y en situación tan extrema  
Nuestras plegarias escucha.

## VIII

Y ¡vosotros!... que amparados (2)  
A la sombra de estos muros  
Habéis de mirar seguros  
Nuestras ansias y cuidados;  
Encendidos y animados  
Por la santa caridad,  
Las manos al cielo alzad  
Por que en la recia pelea  
Caiga de su trono, y sea  
Derrocada la impiedad.

## IX

De ferviente devoción  
A Dios elevad la ofrenda,  
Que sea segura prenda  
De favor y protección;  
Que sea cual la oración  
Del caudillo de Israel,  
Que mientras el pueblo fiel  
Peleaba en la llanura  
Del monte sobre la altura  
Postrado oraba por él.

## X

Esto con ansia esperamos  
Hagáis con vivo fervor  
En retorno del amor  
Profundo que os profesamos;  
Llorando nos separamos  
De vuestra dulce presencia,  
Empero nuestra conciencia  
Jamás os ha de olvidar  
Mientras haya de brillar  
El sol de nuestra existencia.

(1) La secta masónica.

(2) Los que quedaban en el *El Escorial*, destinados á la enseñanza.

## XI

¡Adiós! santos moradores  
De esta octava maravilla,  
¡Adiós! genios donde brilla  
La virtud con sus fulgores:  
Futuros cultivadores (1)  
De aquella viña lejana,  
Donde hoy la impiedad se afana  
Por extender su dominio  
Para muerte y exterminio  
De la Religión cristiana.

## XII

¡Adiós! trofeo grandioso  
Que en actitud imponente  
Al cielo tu excelsa frente  
Aun levantas orgulloso;  
¡Adiós! «rendido coloso»,  
¡Adiós! soberbio Escorial,  
¡Adiós! rico manantial  
De sublime poesía,  
Joya de sin par valía  
Que adorna el cetro real.

## XIII

¡Adiós! brillante florón  
De la corona española,  
¡Adiós! radiante aureola  
Que circunda su pendón;  
Gigantesca concepción  
Que su poder patentizas,  
Y la memoria eternizas  
De esforzados campeones  
Que duermen en tus panteones  
Bajo de frías cenizas.

## XIV

¡Adiós! ¡adiós! Patria mía,  
Cuyo recuerdo bendito  
En mi pecho llevo escrito  
Con el de Dios y María;  
Maestra de la hidalguía  
Sostén de la Religión,  
Guarda esta tierna expresión  
Del que por siempre te deja:  
«Mi cuerpo de tí se aleja,  
Pero no mi corazón.»

FR. MANUEL DÍEZ AGUADO.

## SUBSCRIPCION

EN FAVOR DE LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FE

*Para las Misiones más necesitadas*

Casá de la Selva. . . . . 52 pesetas.

(Se continuará).

(1) Los que quedaban en el mismo Real Sitio, estudiando la carrera eclesiástica, y que habían de pasar á Filipinas en los años siguientes.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona



tuosa escalera que conducía á la catacumba. Apoderóse de ella una especie de angustia al ver desaparecer el día, ¡aquel día tan puro de Italia! y al perder de vista el azulado cielo, los espléndidos monumentos y los árboles siempre verdes que rodeaban en forma de guirnalda un templo de Diana, situado casi á la entrada del cementerio de Inés. Su corazón latía con fuerza, y maravillábase de ver la seguridad y la alegría pintadas en el rostro de su amiga. Precedíala ésta, alta la frente, como si fuese á una fiesta, repitiendo en voz baja estas palabras de la santa Escritura:

«Habéis librado mi cuerpo de la perdición, los lazos de la lengua injusta, de las manos que forjan mentiras. Habéis tomado mi defensa contra los que me acusaban, me habéis librado de los leones rugientes...»

—¿De quién habláis? le preguntó Lea.

—De Inés, de la felicísima esposa de Cristo, cuyo sepulcro vais á ver. ¿No la libró el Señor Dios de los lazos de este mundo, de la malignidad de los jueces, del horror de los suplicios, dándole una doble corona? Ahora goza, como lo ha revelado á sus parientes, de una celeste visión, inseparablemente unida á Aquel á quien consagró todo su amor...

—¡Grande es, pues, la gloria de los Mártires! dijo Lea. ¡Feliz sin duda, feliz el que ha sellado con su sangre una causa justa!

No dijo más; habían llegado á lo último de la escalera, y se encontraban á la entrada de una oscura galería abierta en tierra y alumbrada sólo por la débil y rojiza claridad de algunas lámparas que pendían de la bóveda. Lea no ignoraba que por ambos lados de la galería las paredes contenían los cuerpos de los cristianos, simples fieles ó gloriosos mártires que sus hermanos habían depositado en aquellos retiros subterráneos, en donde reinaban inalterables el silencio y la paz. El aspecto de aquella ciudad de los muertos, de aquel lugar de reposo, según expresión cristiana, en que tantas criaturas dormían su postrer sueño en los huecos de aquellas paredes; aquella ausencia de todo rumor, aquellas tinieblas religiosas, el recuerdo de los combates y los tormentos que habían sufrido los que allí reposaban, las inscripciones de los sepulcros que se vislumbraban al resplandor de las antorchas sepulcrales, todo sobrecogía de tristeza y de temor el corazón de Lea. ¡Qué contraste formaba lo que veían sus ojos con los sepulcros paganos con su lujo de mármoles y de bronce, bajo el sol riente, en medio de la campiña, á orillas de los caminos poblados de viajeros! Y no obstante, á medida que avanzaba y que miraba con mayor atención, pasmábase viendo tantas y tan amables y dulces imágenes mezcladas con el terror que infundían aquellas grutas, morada de la muerte! Las inscripciones de los sepulcros, cortas y algunas veces

incompletas, grabadas con precipitación sobre una teja ó un pedazo de mármol, hablaban únicamente de esperanza y de reposo.

«¡Vive en paz!» decían los vivos al que no existía. «Alma pacífica, alma querida, alma inocente, fiel servidor de Dios,» así se expresaba el recuerdo que los muertos dejaban á los que les sobrevivían. Algunas pinturas adornaban las bóvedas y algunas partes especiales de las paredes; nada más gracioso que aquellas imágenes trazadas por un arte nueva, cuyas inspiraciones procedían del alma y del cielo. Un pintor, tal vez mártir, había representado el Redentor con rayos llenos de nobleza y de grandeza; más allá veíase el Jordán á la sombra de las palmeras, y Cristo inclinaba su divina cabeza bajo la mano del Precursor; en el muro opuesto percibíase orando una figura de mujer que parecía animada. El cincel del escultor había tallado en los sepulcros graciosos emblemas: no se notaba allí la guadaña de los tiempos antiguos, ó la sombría bandada de aves nocturnas, ni el reloj de arena, ni la antorcha caída, triste imagen de la fragilidad de la existencia; sino palomas remontando el vuelo, corderos descansando, ciervos bebiendo en una fuente, peces misteriosos... El sepulcro de la virgen Inés, hacía el cual se adelantaban las dos amigas, en nada se distinguía de los demás, á excepción de algunas guirnalda de flores con que lo habían adornado manos agradecidas.

Arrodillóse Constancia y apoyó su frente en la lápida que cubría los restos de la feliz mártir. Lea no turbó su oración, y con una antorcha en la mano, seguida de un anciano que guardaba el cementerio, alejóse interrogando los sepulcros, leyendo atentamente los breves epitafios, examinando las señales y los emblemas que los adornaban. Así llegó hasta un lugar en que la galería se ensanchaba y ofrecía un espacio formado al parecer para reunir una numerosa asamblea. Varias pinturas cubrían las paredes, y en el fondo debajo una arcada elevábase un altar.

—Aquí, dijo el guía, los sacerdotes celebraban los santos Misterios en tiempo de persecución... En este sitio se sentaba el ministro de Dios para recibir la confesión de los penitentes... En aquel ángulo hay el vaso que contenía el agua santa; la pila bautismal está en otra parte... ¿la habéis visto?

—No; respondió Lea brevemente.

Encaminóse á otra galería que se hundía en las tinieblas, y levantando la antorcha continuó leyendo diversas inscripciones, cuya penetrante suavidad tenía para ella un encanto á que no podía resistir. Avanzaba leyendo en voz baja aquellos nombres desconocidos en los anales de Roma, y aquellas piadosas exclamaciones extrañas al Paganismo.

(Se continuará).

**BIBLIOTECA DEL HOGAR.** Serie de novelitas de sana tendencia moral, y que, á par de honesto recreo y pasatiempo, ofrecen á las familias católicas instrucción y prácticas lecciones de buen gobierno en la vida social de nuestros días. Van ilustradas con profusión de interesantes dibujos. Se han publicado hasta ahora las siguientes: **No más mostrador**, por D. Francisco de P. Capella.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Espera**, por Aurora Lista.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Sin Dios**, por Raquel.—75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.—**Cadena de oro**, por Aurora Lista.—1'25 ptas. en rústica, y 1'75 ptas. en tela.—**La Firma del banquero**, por Aurora Lista.—50 cénts. en rústica, y 1 pta. en tela.—**Anisia ó una virgen-apostol del siglo IV**. Novelita histórica, traducida y arreglada del francés, en rústica, y 1 pta. en tela.—Dirigirse á D. Miguel Casals, Píno, 5, Barcelona.



# ANUNCIOS

OBRA NUEVA

## EL DEVOTO DEL PURGATORIO

Ó SEA MISA Y ORACIONES EN FAVOR DE LAS BENDITAS ANIMAS

POR EL P. ANTONIO DONADONI, S. J.

—

La piedad con los difuntos es uno de los primeros sentimientos del corazón humano que siente dentro de sí deseo vivísimo de con súplicas y sacrificios aliviarles en sus penas y auxiliarles para que cuanto antes puedan las almas que están detenidas en el purgatorio gozar de la bienaventuranza eterna.—El libro del P. Donadoni, es guía del fiel en esta piadosa devoción y contiene: *La Santa Misa*.—*Rosario para los difuntos*.—*Devoción á las benditas ánimas*.—*Devoción á la santísima Pasión por las ánimas del Purgatorio*.—*Devotísimo ofrecimiento de la Sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo por las benditas ánimas del Purgatorio distribuido en los siete días de la semana*.—*Devoción llamada de los «Cien Requiem»*.—*Confesión y Comunión*.—*Vía Crucis*.—*Visita al Santísimo Sacramento*.—*Devoción á Jesús, María y José por el primero de cada mes*.—*Consideraciones para asistir al santo sacrificio de la Misa*.—*Trisagio de la Santísima Trinidad*.—*Día diecinueve*.—*Devoción al castísimo Patriarca San José*.—*Humilde rogativa al glorioso San Antonio de Padua*.—*Responsorio de San Antonio de Padua, etc., etc.*

Véndese encuadernado en piel á 1 pta. ejemplar.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, Librería y Tipografía Católica, Pino 5, Barcelona.

## LA LEYENDA DE ORO

**PARA TODOS LOS DÍAS DEL AÑO**

**VIDA DE TODOS LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA**

Acaba de terminarse la quinta edición de tan importante obra, en 4 hermosos tomos en cuarto. Compuesta del clásico texto del P. Rivadeneira y de los mejores escritos de otros autores; está adaptada á las necesidades modernas con varios estudios sobre los errores de los sectarios contra Nuestro Señor Jesucristo y con las vidas de los Santos canonizados desde 4855 hasta nuestros días, cuyo trabajo se debe á la inspirada pluma del

M. I. Sr. Dr. D. Eduardo M.<sup>a</sup> Vilarrasa, Arcipreste de la Catedral de Barcelona.

Cuantos elogios hagamos de esta magnífica obra serán nimios. Comprendido bien el asunto de que trata, la utilidad es general, y sobre todo al Clero.

El excelentísimo é ilustrísimo señor Obispo de Barcelona, en decreto de 12 de Septiembre de 1898, ha concedido 40 días de indulgencia á sus diocesanos por cada párrafo que lean devotamente de este precioso libro.

Los Prelados españoles en número de 51 han enriquecido con copiosas indulgencias la lectura de tan utilísima obra, que recomendamos á nuestros suscriptores en la seguridad de que ha de ser de su completo agrado.

Para los pedidos y demás condiciones dirigirse á los editores Sres. L. González y C.<sup>a</sup>, Luria, 78, Barcelona.

## OBRA NUEVA

**DE MI COSECHA.** Cuentos varios, por Norberto Torcal.—1 tomito en 8.º, 75 cénts. en rústica, y 1'25 en tela.

## ADVERTENCIA

Hay existencia de LAS MISIONES CATÓLICAS de los cinco años publicados. Forma cada uno un precioso tomo de cerca seiscientas páginas, con más de doscientos grabados, y se vende á 14 ptas. en rústica, y 18 en tela con elegante plancha dorada. Por correo y en paquete certificado, 15 pesetas en rústica, y 19 encuadernado.

Los señores suscriptores que deseen adquirir lujosas cubiertas con lomo de chagrín y combinaciones en negro y dorado, las recibirán por correo mediante el anticipo de 3 pesetas.